
ESCARMIENTOS PARA EL CUERDO

Personas que hablan en ella

- **GARCÍA de Sá, viejo**
- **Don JUAN de Mascareñas**
- **MANUEL de Sosa**
- **Doña MARÍA de Silva**
- **SAFIDÍN, Rey indio**
- **BUNGA, negra**
- **DIAGUITO, niño**
- **CARBALLO, lacayo**
- **BARBOSA**
- **Doña LEONOR de Sá**
- **Doña ISABEL**
- **ROSAMBUCA, Reina india**
- **CURGURU, negro**
- **QUINGO, negro**
- **MARINEROS**
- **Dos CRIADOS**
- **NEGROS**
- **SOLDADOS**

ACTO PRIMERO

Música de todos géneros y entran por un palenque con los instrumentos de un bautismo en fuentes de plata, gentileshombres bizarros en cuerpo; detrás de todos don JUAN, que lleva sobre una fuente un turbante y en él una corona, y en el remate una cruz. Luego vestido a lo turquesco, de blanco, el rey SAFIDÍN, descubierta la cabeza; a su lado GARCÍA de Sá, viejo, gobernador, bizarro, en cuerpo a lo antiguo. Por otro palenque SOLDADOS bizarros, uno de ellos con la banda de las Quinas de Portugal; y arcabuces, trompetas y cajas. Detrás, arrastrando una pica, MANUEL de Sosa, muy bizarro, y delante de él DIAGUITO con arcabuz pequeño, espada y daga. Arriba, en un balcón despejado y grande, la reina ROSAMBUCA a lo indio, coronada, y a su lado doña LEONOR, muy bizarra, y doña MARÍA, de hombre, muy galán. Va a besar la mano MANUEL, a GARCÍA, y tiénele

MANUEL: A los triunfos portugueses,
cuyas belicosas quinas,
armas ya, primero estrellas,
tiembla el Asia, Europa envidia,
después que logró la iglesia
las católicas vigiliás
de Enrique, glorioso infante,
que ocasiona las primicias
de este dilatado imperio
y en diez lustros vio su silla,
Portugal, triunfante en Goa,
freno absoluto de la India;
a sus triunfos, pues, eternos,
añada Vueseñoría,
gobernador generoso
de tanto emporio y provincias,
el que la fama le ofrece

con la victoria más digna
de perpetuarse en bronce
que conservó el tiempo escritas.
Quiso el gran Nuño de Acuña
dar fin dichoso a sus días
y gobierno, que en diez años
honraron tantas conquistas,
con la inexpugnable fuerza
de Dío, que vio cumplida,
a pesar de resistencias,
ya idólatras, ya moriscas.
Diola cuatrocientas brazas
de ruedo, con perspectiva
y figura triangular,
y en sus ángulos fabrica
tres célebres baluartes,
sin otro, que predomina
en medio la plaza de armas;
y al cabo la fortifica
de fosos, muros, torreones,
portas, puentes levadizas,
armas, bastimento y cuanto
mostró el arte a la milicia.
Llamóla Santo Tomé,
apóstol que santifica
con su sangre a Meliapor
y a Oriente con sus reliquias.
Presidióla con mil hombres;
y dándome su alcaidía
premió en mí, cuando no hazañas,
lealtad que la califica.
El Soldán de Cambayá,
que a la libertad antigua
de su imperio vio poner
tal yugo en su tierra misma,
e impaciente de que extraños
le registren las salidas
y entradas que al Indo mar
nuestro fuerte le limitan,
por tres años de gobierno

que estuve en aquella isla
procuró mi destrucción,
ya en fe de paces fingidas,
disimulando asechanzas,
ya en peligrosas caricias,
convidándome a sus fiestas
y frecuentando visitas,
ya, en fin, viendo mi cuidado
con descubierta malicia,
asaltándome de noche
varias veces; mas perdida
la esperanza de vencerme,
habiendo llegado un día
a Dío el gobernador
don Nuño con dos cuadrillas
de naves de guerra, apresta
el bárbaro la infinita
multitud de sus vasallos
--en secreto apercebida--.
De paz al puerto se acerca
y con él concierta vistas
que don Nuño rehusó
diciéndole que venía
indispuesto; dióle fe
el Soldán, y con festivas
demostraciones, creyendo
hacer en él presa rica
y enviarle en una jaula
de hierro al Gran Turco, avisa
al capitán general
que sus gentes aperciba.
Despachó luego un presente
de diversas salvajinas,
como corzos y venados
al enfermo, y se convida
a entrar a verle a su nave;
mas antes de darle, quitan
a la caza pies y manos,
señal ordinaria en la India,
cuando tal regalo se hace,

de que ya es gente cautiva
sin pies ni manos aquella
a quien tal presente envían.
Disimuló su soberbia,
y admitiendo su visita
le hicieron bélica salva
bombardas y chirimías.
Llegó en seis fustas el moro;
pero apenas subió arriba
por la escala al galeón
cuando manda que le embistan
trescientos juncos y paraos
--naves son de la milicia
indiana--con que en un punto
el mar, que de tanta quilla
se vió oprimido, espumando
cólera, montes enrisca
tan altos, que pudo en ellos
volverse la luna ninfa.
Seis mil flecheros disparan
a un tiempo jaras y grita
tanta, que sordos y ciegos
temió el oído y la vista;
pero haciéndose a la mar
los nuestros, las naves viran,
y, parteando preñeces
de bronce, las olas limpian
con las esconas de fuego,
cuyas pelotas derriban
mil cabezas para chazas
de la fama que eternizan.
Tembló la armada blasfema,
huyendo las que fulminan
nubes de metales roncós
los Falaris de sus vidas,
y el bárbaro que intentaba,
mientras sus flechas granizan,
prender al gobernador,
viendo la mortal rüina
de sus indios, temeroso

se arroja al agua, y encima
de sus olas con los brazos
lisonjas al mar dedica.
Blanco de nuestros mosquetes,
llegó con tantas heridas,
que para escribir victorias
su sangre al mar prestó tinta.
Tomó puerto ya sin alma
el cuerpo infiel, y a la orilla,
en mausoleos de arena,
no echó menos los de Libia.
Saltamos en tierra todos,
y barriendo la marina
de la infinidad cobarde,
la venganza hizo tal riza
que, temerosas las almas
de la estrecha compañía
de sus cuerpos, diez mil moros
a la muerte hicieron rica.
Asaltamos la ciudad,
que de nuestro fuerte dista
dos leguas, y entrando en ella,
ni la inocente puericia,
ni la decrepita plata,
ni el sexo hermoso que priva
de las armas el furor
y vence a la cortesía,
admitió sus privilegios;
porque igualmente la ira
portuguesa añadió a Troya,
si no lástimas, cenizas.
Satisfizo su hambre el fuego,
como su sed la codicia,
con los robados despojos,
y después que por tres días
unos lloran y otros cantan,
el gran Nuño fortifica
la plaza; añade soldados
a la fortaleza e isla;
encarga a Antonio Silveira,

persona tan noble y digna,
de su gobierno, que puede
serlo de esta monarquía.
Cumplidos ya mis tres años,
llevarme en su compañía
quisiera el gobernador;
pero la amistad antigua
del nuevo alcaide Silveira
pudo tanto, que me obliga
a militar a su sombra,
y la inclinación y estima
que a Dío y su fortaleza
tengo, pues fue hechura mía,
y yo su primer caudillo,
me compele a que le asista.
Murió el gran Nuño, si muere
quien, a pesar de la envidia,
en archivos de la fama
al tiempo se inmortaliza,
y entró el gran don Juan de Castro,
tercer virrey de la India,
que cargado de victorias
en flor la muerte marchita.
Muerto, pues, el Soldán viejo,
Baduz de la fuerte dicha,
y siendo su sucesor
un sobrino--que no estiman
los hijos para herederos
en estas anchas provincias,
sino a los hijos de hermanas,
pues de este modo averiguan
ser su sangre y aborrecen
sospechosas bastardías
por las dudas de los padres,
que en la mujer no peligran--
deseando la venganza
del tío, en secreto envía
embajadores a Grecia
que al Turco favor le pidan
con que destierren del Asia

las portuguesas reliquias,
y sujetando el Oriente
usurpe su monarquía.
Es el bravo Solimán
el que agora tiraniza
el otomano gobierno;
aquél que tembló en Hungría
de la fortuna de Carlos,
y afrentoso se retira
de las águilas del César,
luz de Austria y sol de Castilla.
Éste, pues, considerando
que si codicioso esquilma
las orientales riquezas,
sus drogas y especierías,
señor del globo terrestre
será fácil su conquista
y del un trópico al otro
no habrá nación que no oprima,
arroja al Bermejo mar
por las riberas egipcias
sesenta y cuatro galeras
y en ellas turcos alista.
Trece mil rumes--así
a los turcos apellidan
en estas partes, creyendo
que de Roma se originan--
genízaros los seis mil
y esotra gente escogida,
ejercitada en Europa,
los más de su guardia misma;
nómbrales por general
el Bajá de Egipto, digna
persona para tal cargo
por la experiencia y noticia
en las cosas militares;
pero de tan peregrina
crasitud y corpulencia,
que dicen que le caía
sobre los pechos la carne

de la barba, y que las tripas
con una faja al pescuezo
atadas, le daba grita
nuestra gente, y le llamaba
ganapán de su barriga.
Éste, pues, aunque tan grueso,
inmóvil en una silla,
lo que en las fuerzas
le falta equivale
en lo que arbitra;
desembarcó en Cambayá
y recibióle en su orilla,
con aplausos y lisonjas,
el Soldán y su familia;
y deseosos los dos
de dejar la tierra limpia
de lusitanos estorbos,
marcharon al otro día,
llevando en entrambos campos,
sin chusma y gente baldía,
cuarenta y siete mil hombres,
los treinta de flechería,
los demás ejercitados
en el mosquete, la pica,
y los demás que en Europa
honra nuestra disciplina.
Llegados por tierra y mar
tercios y naves nos sitian,
y luego al asalto tocan,
porque no nos aperciban
la prevención y el sosiego;
pero al instante que arriman
escalas a la muralla,
las coronan por encima
portugueses que, animosos,
trescientos turcos derriban
a la ruciada primera
de nuestra mosquetería.
Éramos sólo quinientos,
cincuenta mil la enemiga

multitud; contad ahora
a qué tantos nos cabría.
Matáronnos seis no más,
y cobardes se retiran
a las tiendas de Cogá,
general de la provincia.
Hubo entonces portugueses
a quien el valor anima
de suerte, que abren las puertas
y la retaguardia pican
hasta coger treinta de ellos,
que con música festiva
colgaron de las almenas,
para mayor ignominia,
con sus arcos a los cuellos,
cimitarras en las cintas,
turbantes en las cabezas,
vestidos de telas ricas.
Blasfemaba el bajá grueso,
que nuestro valor admira;
pero lo que sintió más
es ver que el mar solemniza
nuestra victoria de modo
que, aplaudiendo nuestra dicha,
montes de vidrio levanta
por que en los cascos embistan.
Chocaron unos con otros
de suerte que, sumergidas
seis galeras, las demás,
destrozadas, se retiran
al puerto de Madrefaba,
cinco leguas más arriba
de Dío, donde ancorando,
cansancio y temor alivian.
Atrincheróse en el cerco
el campo; y la artillería,
a caballero plantada,
comenzó la batería;
y porque nuestros reparos
menos al esfuerzo sirvan,

una máquina echó al agua,
que puso al principio grima.
Era un galeón cargado
de pez, pólvora y resina,
de salitre y alquitrán,
que al fuerte del mar arriman,
para que, dándole fuego,
mientras le vuelven ceniza
las llamas, les den entrada,
y el humo que desatina
estorbe nuestra defensa.
La traza era peregrina,
a no ser tan grande el peso,
que aguardaron aguas vivas
para poderle arrimar;
pero osó la valentía
de Francisco de Gobeá,
capitán de infantería,
hacer una hazaña hasta hoy
sin ejemplar e inaudita,
española, temeraria,
portuguesa, ejecutiva.
Aguardó a la media noche,
y arrojándose en camisa
al agua con una mecha
dentro un cañón encendida,
y una bomba de alquitrán,
al galeón se avecina,
y en un instante le pega
la contagiosa malicia,
con que los tres elementos,
aire, tierra y fuego, lidian
sobre el cuarto de tal forma,
que reventando en astillas,
luminarias de esta hazaña
fue que al turco atemoriza.
Quedó el bárbaro asombrado;
y ciego, al cuarto de prima,
el castillo de Rumeo
asalta, y a escala vista

le entró, perdiendo los nuestros
en su defensa las vidas,
sin quererse dar jamás,
y entre ellos la valentía
de su capitán Pacheco,
cuya muerte en bronce escrita,
siendo herencia de la fama,
a un tiempo alegre y lastima.
Diez asaltos generales
nos dieron en veinte días,
sin dejarnos sosegar
uno solo; pero diga
si ardidés y estratagemas,
tiros, flechas, fosos, minas,
hallaron la vigilancia
de nuevo valor vestida.
Treinta hombres quedamos
solos de quinientos, mas suplía
el ánimo cantidades,
hasta que al fin nos animan
veinte fustas de socorro
que don Juan de Castro envía
con armas y bastimentos,
y de noche dieron vista
a nuestro fuerte, trayendo
con presencia ostentativa
cada uno cuatro faroles.
Oyeron sus culebrinas
los turcos, y sospechando
tener a toda la India
sobre sí, pegando fuego
a su alojamiento, guían
a embarcar, tan temerosos,
que el bagaje, artillería
y cuatrocientos heridos
dejó, por que no le sigan.
Veinte mil le degollamos
en dos meses, cuyas vidas
nos costaron cuatrocientas,
a cincuenta bien vendidas.

Recogimos los despojos;
 y con fiestas y alegrías
 en procesión venerable
 dimos las gracias debidas
 a Dios y a su madre intacta.
 No cuento, por infinitas,
 hazañas particulares.
 Los extraños las escriban.
 Sólo digo que hubo esfuerzo
 --el ánimo desatina--
 de portugués que, faltando
 la munición, se derriba
 los dientes con el cañón
 --es loca la valentía--
 matando a turco por diente.
 Estime vueseñoría
 esta célebre victoria,
 y valerosa prosiga
 las hazañas portuguesas
 porque el Asia se nos rinda.

GARCÍA: Estando vuestro valor
 en Dío, Manuel de Sosa,
 la victoria era forzosa,
 por más difícil mejor.
 Safidín, rey de Tanor,
 --provincia es de Malabar--
 se ha venido a bautizar;
 que mientras reino conquisto
 en paz, también sabe Cristo
 coronas a su ley dar.
 Él y la reina han honrado
 nuestra corte, y yo, padrino
 de Safidín, determino
 festejar tan gran soldado.
 A buen tiempo habéis llegado;
 ponga luminarias Goa,
 y de la mejor canoa
 hasta el mayor galeón,
 con festiva ostentación
 adornen de popa a proa.

MANUEL: Déme a besar vuestra alteza
la mano.

SAFIDÍN: Las vuestras dan
asombros a Solimán
y a Cambayá fortaleza.
Cristiano soy, la llaneza
de Portugal es la mía;
alistad desde este día,
sin reverenciar mi estado,
Manuel de Sosa, un soldado,
hermano de don García.

El nombre dejo primero
con la ley. Ya soy nuevo hombre;
en las obras y en el nombre
imitar vuestro rey quiero.
Déme don Juan el Tercero
con el suyo su valor;
don Juan soy, gobernador;
que este blasón inmortal
como ilustra a Portugal
ha de ilustrar a Tanor.

Cuando en el agua divina
mi esposa vuelva a nacer,
el nombre le ha de poner
vuestra reina Catalina.
A Dios la cerviz inclina,
y a pesar del Alcorán,
pues ley y nombre nos dan
vuestros reyes, ¿qué más fama,
si Catalina se llama
y el Rey Safidín don Juan?

GARCÍA: Gracia, señor, significa;
gracias al cielo se den,
pues en vos los nuestros ven
la gracia que os vivifica;
en cuerpo real alma rica
de virtudes; envidiar
os pueden A un tiempo y dar
parabienes mi contento:
reinar sin Dios es tormento,

servirá Dios es reinar.

JUAN: Dadnos, capitán de Dío,
los brazos, si merecemos
los que vuestros triunfos vemos
gozarlos.

MANUEL: ¡Oh don Juan mío!
El alma que alegre os fio
con ellos es bien que os dé.

JUAN: ¡Grande valor!

MANUEL: Corto fue,
y mis hazañas pequeñas
sin don Juan de Mascareñas,
columna de nuestra fe.

Mucho traigo que contaros.

DIAGUITO: Si mi pequeñez merece
esa mano que ennoblece
a cuantos llegan a hablaros,
haga mis principios claros
y honre vuestra señoría
con ella la boca mía.

GARCÍA: ¿Quién sois vos, rapaz hermoso,
tan portugués en lo airoso,
tan hombre en la bizarría?

DIAGUITO: Poca cosa en lo chiquito,
si grande en lo portugués;
hidalgo me dicen que es
mi padre, y yo soy Diaguito.

GARCÍA: Manuel: ¿es vuestro?

MANUEL: Un delito
amoroso en Portugal
me le dejó por señal
y pena de mi ignorancia.

GARCÍA: Qué, ¿hijo es vuestro?

MANUEL: Es de ganancia.

GARCÍA: Ganancia fué de caudal.

DIAGUITO: Nadie diga que es mi padre;
que a mí nadie me engendró
en el mundo mientras yo
no sepa quién es mi madre.
Esa ganancia le cuadre

al que es torpe mercader,
y ninguno ose poner
en mí, con viles empleos,
que por *o corpo de deos*
que os bofes lle he de comer.

CARBALLO: Tomaos con el rapacito.

SAFIDÍN: ¿Vióse donaire más bello?

GARCÍA: Es portugués. Basta sello;
no haya más, señor Diaguito.

LEONOR: Gusto me ha dado infinito.

MARÍA: Subid al balcón, amores.

GARCÍA: Las damas arrojan flores,
hagámoslas cortesía.

MANUEL: Plegue al cielo, Leonor mía,
que no paren en rigores.

*Éntranse con música, como vinieron, y
quedan CARBALLO y BARBOSA*

BARBOSA: Pues, Carballo, ¿cómo ha ido
allá con tanto rebato?

CARBALLO: Como tres con un zapato.
Poetas habemos sido.

BARBOSA: ¿Cómo?

CARBALLO: Hicimos maravillas.

Entre los tiros diversos
hay unos llamados versos
que arrojaban redondillas.

Otros de mayor estima
que, porque si disparaban,
a ocho los arrimaban,
se llaman octava rima.

Poetizaba un culebrón
al turco de un parapeto
que se llamaba soneto,
mas dad al diablo su son;
porque derribaba a bulto,
echando su consonante,
cuanto topaba delante.

BARBOSA: Ese tal debe ser culto.

CARBALLO: Otro de una cota armado
con dos quintales de bola
de catorce pies.

BARBOSA: ¿Y cola?
Soneto fue estrambotado.

CARBALLO: Pues ¿qué ciertos falconcillos
que enramados escupían
balas y piedras?

BARBOSA: Serían
romances con estribillos.

CARBALLO: De esto hubo abundantemente,
y más que si disparaban
todos ellos se preciaban
de poetas de repente,
asombrándose de vellos
en llegándose a entender.

BARBOSA: Sátiras debían de ser
pues que todos huyen de ellos.
Ahora bien, señor Carballo,
si no tiene alojamiento,
el mío estará contento
de servirle y de hospedallo.

CARBALLO: *Beixo o as maos.*

BARBOSA: La amistad premia
con lo que tiene, y acá,
si en versos de bronce da
toda Goa es academia.

*Vase. Sale doña MARÍA en hábito de
hombre*

¡Ah fidalgo!

CARBALLO: Ése es mi nombre.

MARÍA: Una palabra entretanto
que entran.

CARBALLO: *¡Jesu, corpo santo!*
¿qué he visto? ¿Quién eres, hombre?

MARÍA: ¡Ah, Carballo! ¿quien podía

ser, sino una desdichada
sin honor y ya olvidada?

CARBALLO: Señora doña María,
¿en la India vos? ¿Vos en Goa,
y en traje tan indecente?

MARÍA: Mujer amante, y ausente
aborreciendo a Lisboa,
donde promesas y engaños
acaudalaron enojos,
pagando en llanto los ojos
olvido de tantos años;
cuando llegué a aventurar
lo menos, si ya perdí
lo más, ¿qué mucho que aquí
me halléis?

CARBALLO: ¿Que el inmenso mar
y sus peligros se atreva
a pasar una mujer?

MARÍA: ¿Qué mar como el bien querer?
¿Qué golfos como hacer prueba
en un hombre que olvidado
de obligaciones de amor,
cuando profesa valor,
su valor ha amancillado?
Salí por ver si hallaría
el que llama la confianza
cabo de Buena Esperanza,
mas no le tiene la mía.
Y no me anegó la suma
de tanto golfo y rigor;
que no anega el mar a amor
porque es nieto de su espuma.
Hombre con obligaciones
tan precisas de remedio,
con un hijo de por medio,
que suelen ser eslabones
que encadena voluntades,
y en él, el que trujo ha sido
Leteo para su olvido,
no para mis soledades.

Sin escribirme en tres años
 siquiera una letra sola,
 registrando yo cada ola
 y engañando desengaños
 que apaciguaban deseos;
 y por la ribera abajo
 pidiendo cartas al Tajo,
 creyendo que eran correos
 las crecientes que a mis puertas
 ondas daban sucesivas,
 para todos aguas vivas
 y para mi sola muertas.

Cansóse ya la paciencia;
 nombre me dio de su esposa
 mil veces Manuel de Sosa;
 tomó como tal licencia
 que aposesionaron ruegos.

Partióse y llevó consigo
 de un año un solo testigo
 de mis disparates ciegos.

Debiéronse de anegar
 entre inmensidad de espumas,
 palabras; que éstas y plumas
 lleva el viento; ¿qué hará el mar?

CARBALLO: La guerra y tiempo divierte
 el ocio de esos cuidados;
 no es amor para soldados
 y la ausencia es otra muerte.

Mucho os quiso mi señor,
 y viendo vuestra belleza
 realzada con la fineza
 de tanta lealtad y amor
 le obligará, cosa es clara,
 y si olvidarse es delito,
 hará las paces Diaguito,
 que es los ojos de su cara.

MARÍA: ¡Hijo de mi corazón!
 Sus deseos solamente
 causa ha sido suficiente
 a mi peregrinación.

¿Quién duda que de su madre
 olvidado, el capitán,
 aquí sus gustos tendrán
 empleo que más les cuadre?

CARBALLO: No sé, aunque tientan a pares

las indianas hermosuras,
 que pruebe sus aventuras
 con las damas malabares;
 que en la India, porque se note,
 las caras que soplan brasas,
 unas son ciruelas pasas
 y otras son de chamelote.

Las daifas más estimadas,
 y que aquí se solemnizan,
 si no negras, mulatizan
 y son ninfas nogueradas.

Ninguna el rostro se adoba,
 no se perfuma ninguna,
 las más huelen a grajuna
 y todas son de caoba.

¿Qué voluntad amarilla
 las ha de amar, si es discreta,
 habiendo dama con teta
 que la llega a la rodilla?

El gusto de mi señor
 es de noble portugués;
 llegad a hablarle después
 que deje al gobernador;

que puesto que en su palacio
 se aposenta, tiempo habrá
 que amante os satisfará.

Ellos vienen; más despacio

podréis estimar, señora,
 finezas de vuestra fe;
 que si de repente os ve
 le alborotaréis ahora.

*Vanse. Salen el gobernador GARCÍA de Sá y
 MANUEL de Sosa*

GARCÍA: Cuando pasé ahora un año
 por Cambayá, y la aseguré del daño
 que Dío recelaba
 con el bárbaro cerco que esperaba,
 mi gobierno acabado
 en Caúl, fui de vos tan regalado,
 que mi Leonor no sabe
 sufrir conversación que no os alabe.
 Dice que lo que estuvo
 con vos en Dío, a nuestra patria tuvo
 de tal suerte olvidada,
 que, en vuestra compañía agasajada,
 ni echó menos a Goa
 ni supo si en el mundo había Lisboa.
 Ahora, pues, quisiera,
 capitán, hospedaros de manera,
 ya que os tiene en palacio,
 que descansando en él por espacio
 largo saliera de este empeño,
 que según le encarece no es pequeño.
 Su fiador he salido,
 y así, mientras gobierno la India, os pido
 que en nuestra compañía
 cumpláis con mi deseo y su porfía.

MANUEL: Términos portugueses
 son pródigos en ella; por dos meses
 que merecí hospedaros
 en Dío y con deseos regalaros,
 que con obras ya vía
 que era imposible a vuesa señoría
 en una fortaleza
 tan pobre agasajar tanta nobleza,
 por término tan breve
 no es bien confiese deudas que no debe.

GARCÍA: Es muy agradecida,
 Leonor, y estáos, Manuel, reconocida;
 mas no tratando de esto,
 sabed, Manuel de Sosa, que he dispuesto
 darla seguro estado;

yo estoy de canas y de vejez cargado;
 Leonor es mi heredera
 y única sucesora; en fin, quisiera
 que la honrara un esposo
 fidalgo en sangre, en obras generoso.
 Para esto había elegido
 a don Juan Mascareñas, conocido
 por su valor y hazañas,
 no sólo en su nación, en las extrañas;
 mas repúgnalo tanto
 que ofende su obediencia con su llanto.
 Dice que mientras vivo
 culpará mi crueldad si la cautivo,
 pues en mí la dio el cielo
 amparo, esposo y padre. Este desvelo
 me causa pesadumbre,
 y el dársela también, porque es la lumbre
 y objeto de mis ojos
 y llegárame a ellos darla enojos;
 vos podéis persuadirla,
 pues os tiene respeto, y reducirla
 a lo que yo no puedo.

MANUEL: (¡Ay cielos rigurosos!) Aparte

GARCÍA: Ved que quedo
 en vos, Manuel, confiado.
 Don Juan es vuestro amigo, gran soldado,
 su edad en primavera,
 su sangre ilustre y que heredar espera
 un mayorazgo rico;
 galán, y en condición os certifico
 que un ángel me parece;
 decid que goce el bien que Dios la ofrece.

MANUEL: Si en mis ruegos estriba
 el daros gusto a vos, mi persuasiva,
 señor, puesto que tosca,
 procurará que humilde reconozca
 lo mucho que en serviros
 interesa.

GARCÍA: Venid a divertirlos
 a la marina un rato

conmigo, si gustáis, que ya su ornato
 la noche mercadera,
 ausente el sol su opuesto, saca afuera
 y apercibid mañana
 razones concluyentes, que si allana
 Leonor su resistencia
 y por vos califica su obediencia,
 deberáos don García,
 una alegre vejez.

MANUEL: (¡Ay Leonor mía; Aparte
 siendo ya vos mi esposa
 igualmente constante como hermosa
 qué desacierto ha sido
 hacer casamentero al que es marido!)

*Vanse. Salen doña LEONOR dando un papel a
 doña MARÍA*

*Salen doña LEONOR dando un papel a doña
 MARÍA*

LEONOR: Mira que de ti me fío,
 Acuña.

MARÍA: Daré el papel
 puntual, secreto y fiel;
 pues siendo vos dueño mío
 y debiéndoos lo que os debo
 desde que os entré a servir,
 mi contento es asistir
 a vuestro gusto.

LEONOR: Me atrevo
 en fe de esa confianza
 a extrañas cosas por ti.

MARÍA: No fuera no hacerlo así
 tanta con vos mi privanza.

LEONOR: Mi padre no hay que avisar,
 si eres discreto.

MARÍA: Ni es justo;
 ¿Llévoles cosas de gusto?

LEONOR: No son sino de pesar.
Encárgole cierta cosa
difícil y de importancia.

MARÍA: Perdónese mi ignorancia;
creí que Manuel de Sosa
era vuestro pretendiente
dichoso y correspondido
con asomos de marido.

LEONOR: ¡Jesús! Es tan diferente
de esto lo que le encomiendo,
que antes ha de disuadir
a mi padre e impedir
pretensiones.

MARÍA: Ya lo entiendo;
no hay que declararos más;
cumpliré mi comisión
como tengo obligación.

LEONOR: En el jardín me hallarás.

Vase

MARÍA: Billete doña Leonor
para mi Manuel de Sosa,
de su padre recelosa
con tal secreto y temor.
Sospechas si no es amor,
¿qué puede ser?
¡Qué presto empiezo a temer!
Mas es del amor efeto,
¿papel secreto
sin verle yo y soy mujer?
Celos míos, eso no;
que para desestimaros
con indicios menos claros
sospecho mis males yo;
amor por oficio os dió
andar inquietos
y acechar siempre indiscretos
lo que no alcanzáis a ver;

donde hay mujer
 y celos nunca hay secretos.
 ¿Yo, amante menospreciada;
 doña Leonor cuidadosa;
 papel a Manuel de Sosa;
 mi amor y fama olvidada,
 y qué no ha de saber nada
 don García?
 No, celosa pena mía,
 más mal hay del que parece;
 esto merece
 mujer que en mujer se fía.

Rómepete. Lee

"Permisiones de mi amor
 han dado causa a un delito
 que, por no ser para escrito,
 la pluma enfrena el temor.
 Vuestra vida con mi honor
 corren riesgo, don Manuel.
 La honra es siempre crüel
 que sus agravios conoce,
 diréos viéndome a las doce
 lo que no osó este papel."
 ¡Ay, ofendida esperanza!,
 ya de vos no hay que hacer cuenta;
 ten tierra, celos, tormenta?
 ¿En el mar, amor, bonanza?
 Peligros de esta mudanza
 ya los temieron mis daños.
 ¿Al cabo de tantos años
 me anegan agravios, cielos?
 Sí, que no son donde hay celos,
 Santelmo los desengaños.
 ¿Qué dudo, si por escrito
 confiesa doña Leonor
 permisiones de su amor
 que condena por delito?

Remedios que solicito
 mis desengaños los borren,
 riesgo le escribe que corren
 su honor y vida--¡ay de mí!--
 mi amor los corre, eso sí,
 pues dichas no le socorren.

¿Qué riesgos pueden correr
 sin terceros sus amores?
 Mas amor que esconde flores
 mal puede el fruto esconder.
 Ceben de echarse de ver
 hurtos de su amor liviano;
 y de su padre, no en vano
 temerá la justa pena;
 mas pues sembró en tierra ajena
 que lo pague el hortelano.

Palabra me dió de esposo
 y un hijo que en su resguardo
 no le ha de afrentar bastardo;
 don García es generoso;
 ya, secretos, es forzoso
 que os saque el peligro afuera;
 a hablarle voy aunque muera;
 que si se han dado los dos
 las manos, para con Dios,
 de palabras la primera.

Vase. Salen don GARCÍA y don JUAN

GARCÍA: Iréis, don Juan, con una escuadra mía
 de galeras, armadas para guarda
 del rey recién cristiano, cuando el día
 salude el alba con su luz gallarda;
 labraréis en Tanor la factoría
 que Safidín ofrece, y si se tarda,
 y su gente en negarla está resuelta,
 cargaréis la pimienta y daréis vuelta.

JUAN: [-osa]
[-ida]

.....[-osa]

.....[-ida].

Si promete premiar, Leonor hermosa,
por ti--¡oh, señor!--la fe con que es querida,
corto trabajo a largo premio mides.

Los doce añade con que se honra Alcides.

Iré a Tanor, y como se me encarga,
persuadiré a su rey cuando le lleve,
al tributo, al presidio y a la carga
de especia y drogas que cumplirnos debe
la dilación que amor juzgará larga;
ya portugués Jacob, tendrá por breve
mi esperanza, aumentando en sufrimientos,
a mis servicios más merecimientos.

GARCÍA: Id, pues, don Juan amigo, a aperebiros,
que quiere Safidín salir mañana
antes que el sol.

JUAN: ¡Oh golfo de zafiros!
Dad prisa al alba de jazmín y grana;
no hay vientos que esperar donde hay suspiros;
no hay mares que temer cuando se allana
a quererme Leonor; de Alción los días
serán al mar las esperanzas mías.

*Vase. Sale doña ISABEL a una puerta con un
niño en los brazos*

ISABEL: Si está avisado, él será.

GARCÍA: ¿Qué es esto, a tal hora abierta,
cielos, del jardín la puerta?

ISABEL: Fidalgo, llegaos acá.

GARCÍA: Disimular es mejor.

ISABEL: ¿Sois Manuel de Sosa?

GARCÍA: Sí.

ISABEL: ¡Qué presto le conocí!
¿Dónde está el gobernador?

GARCÍA: Rondando las portas.

ISABEL: Bien;
lo mismo Acuña me dijo.

Poned en cobro este hijo
 de que os doy el parabién;
 que es tan parecido a vos
 que en él se verá su padre;
 riesgo ha corrido su madre,
 mas ya está mejor. Adiós.

Cierra y vase

GARCÍA: ¿Sueño? ¿Estoy despierto o loco?

Durmiendo debo de estar;
 mas, temor, si esto es soñar,
 ¿qué puede ser lo que toco?
 A quimeras me provoco
 que desmienten mi sentido.
 ¿Manuel de Sosa hoy venido
 y con hijo que nace hoy?
 No, cielos, durmiendo estoy.
 Pero despierto y dormido
 a un tiempo no puede ser...
 ¡Qué de sospechas colijo!
 "Poned en cobro este hijo."
 ¡Y hoy venido, ausente ayer!
 Donde es forzoso el creer
 excusado es el dudar,
 peligroso el sospechar,
 afrentoso el permitir,
 pusilánime el sufrir
 y cuerdo el averiguar.

Nueve meses ha que en Dío
 su alcaide nos hospedó;
 ¿si la posada pagó
 a mi costa el honor mío?
 Cuanto más de Leonor fío
 menos hay que hacer caudal
 de la que es más principal,
 y más cordura el temer;
 que es el vicio en la mujer
 defecto trascendental.

Mas no ofendamos su estima
hasta aquí sólo iniciada;
en Dío entró acompañada
de doña Isabel, su prima.
Menos la bala lastima
que está del cañón más lejos;
procuren sanar consejos
lo que culpas informaron;
que no en balde se estimaron
en más los médicos viejos.

Mas nunca doña Isabel
me alabó tan oficiosa
y necia a Manuel de Sosa
como Leonor siempre en él.
Si noble, sólo Manuel
con la nobleza se alzó;
si discreto, él se llevó
la cátedra de los sabios...
¿Siempre Manuel en los labios
y no en el alma? Eso no.

¿De qué sirve en mi porfía
hacer discursos a obscuras,
si todas mis conjeturas
paran en deshonor mía?
Mi sangre a Leonor envía,
mi sangre, que no se infama;
de mi sangre, Isabel, rama,
corre también por mi cuenta;
pues si cualquiera me afrenta,
¿qué está dudando mi fama?

¡Oh, quién en tal confusión
sin riesgo de la prudencia,
imitara la sentencia
que hizo sabio a Salomón!
Supiera en la partición
del infante pleiteado
por dos madres, mi cuidado,
aunque dos partes le hiciera,
quién era la verdadera
y quédase yo vengado.

Pero yo sé que no osara
 dar la sentencia que dió,
 Salomón, si como yo
 su infamia participara.
 Callemos, que si a la cara
 se asoma la enfermedad,
 ella dirá la verdad
 y yo vengaré mi mengua,
 pues la discreción sin lengua
 veneró la antigüedad.

Salen MANUEL de Sosa y CARBALLO

CARBALLO: En paje se ha transformado;
 mira, al tiempo que has venido.

MANUEL: ¡Qué para poco que ha sido
 el mar, pues no la ha anegado!
 En todo soy desdichado.

CARBALLO: Si con dos has de casarte,
 lo mejor será ausentarte.

GARCÍA: (Éste es.) Aparte

MANUEL: ¡Ay, Leonor hermosa!

GARCÍA: Capitán Manuel de Sosa,
 una palabra aquí aparte.

MANUEL: ¿Quién sois?

GARCÍA: Estaráos mejor
 no saberlo.

MANUEL: ¿Otro cuidado?

GARCÍA: Esto para vos me han dado;
 guardáos del gobernador.

Vase

MANUEL: ¡Ay, cielos!

CARBALLO: ¿Hirióte?

¡Ay, Leonor!

Hijo es éste. ¿Hay más azares?

CARBALLO: ¿Qué tienes?

MANUEL: Nada. ¿Pesares,
tantos juntos? No me sigas.
Vete.

CARBALLO: Voime.

MANUEL: No lo digas.

CARBALLO: (¡Mujeres e hijos a pares!) Aparte

Vanse, cada uno por su puerta

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

*Salen doña MARÍA, de hombre, y MANUEL de
Sosa*

MANUEL: Son con tanto fundamento

tus quejas, doña María;
tan justo tu sentimiento,
tan grande la culpa mía,
tanto mi arrepentimiento,
 que el silencio sólo puede
responderte, pues en él,
porque más confuso quede
de mi descuido crüel,
la pena el agravio excede.

 ¡Seis años de amor perdidos,
tus méritos ofendidos,
tus favores mal pagados,
sin premio tantos cuidados
y yo con tantos olvidos!

 Si disculpas les buscara,
mayor mi delito hiciera,
más tu enojo provocara
y mayores causas diera
A que el mundo me afrentara.

 ¿De qué servirá alegar
olvidos de tanto amor
con la ausencia y con el mar,
si hago mi culpa mayor,
pudiéndome despertar
 un hijo en cuyo retrato
contemplando cada rato
su hermoso original veía?

¡Ay, cara doña María,
dame muerte por ingrato!

MARÍA: No digas más, que en quien ama,
Manuel, disculpa menor
basta a despertar su llama,
agravios perdona Amor,
que por eso dios se llama.

Siendo hombre tú, no me espanto
que ausente no correspondas,
a tus deudas y a mi llanto.

Tantos mares cuyas ondas
sepultaron bajel tanto,

¿qué mucho que puedan más
que yo? Disculpado estás,
que ya de la ley salieras
de amante ausente si fueras
más firme que los demás.

Yo perdono lo pasado
como enmiendes lo presente.

MANUEL: No hay más amor bien logrado
que el que en belleza prudente
hace fácil su cuidado.

¡Qué discreta es tu hermosura,
generosa en perdonar
agravios de mi locura!

MARÍA: No hay ciencia para tornar
atrás el tiempo, ni hay cura
que remedie lo pasado
sino sólo el escarmiento.

Manuel, ya estás perdonado;
culpas venideras siento;
sospechas me dan cuidado.

Hermosa es doña Leonor,
su padre gobernador,
hombre tú, yo tu mujer;
la riqueza y el poder
se oponen contra mi honor.

En el papel que te escribe
delitos de amor confiesa,
y a peligros te apercibe;

la venganza portuguesa
 no en cera, en diamante vive;
 cosa que no es para escrita
 y que riesgos amenaza,
 mal su opinión acredita,
 si del secreto hace plaza,
 que amor mostrar sollicita.

No es mujer doña Leonor
 que hiciera ofensa a su honor,
 menos que estando segura
 de la fe con que procura
 burlar bellezas amor.

Si ésta que cumplas espera
 y en ser tu esposa se funda,
 cristiano eres, considera
 lo qué será la segunda
 viva la mujer primera;

 que tengo a Dios de mi parte
 y un hijo hermoso en que estriba
 mi acción para condenarte;
 que es Diego, cédula viva
 de que no podrás librarte.

Y si pagando mi amor
 dejas a doña Leonor,
 ¿qué remedio han de tener
 deshonoras de una mujer,
 iras de un gobernador?

MANUEL: No he de negarte verdades

 que entre tantas confusiones
 acusan mis libertades.

Despeñáronme ocasiones,
 cegáronme mocedades;

 distancias de tu hermosura
 peligros atropellaron,
 que a plaza sacar procura
 mi suerte. ¿Cuándo acertaron
 el amor y la locura?

 En Dío fue huésped mío
 el gobernador, y en Dío,
 con haber, mi bien, tan poco

de Dío a Dios, mi amor loco
al tirano señorío
de la belleza rendido,
sin resistencia al valor,
sin prevención al sentido,
la conciencia sin temor
y la mernoria en olvido,
al inviolable respeto
con que el huésped se asegura,
me atreví; fié al secreto
delitos que mi locura
saca en público. En efeto,
persuaciones amorosas,
frecuencias siempre dañosas,
promesas, seguridades,
y entre ellas, conformidades
de estrellas ya rigurosas,
en dos meses alcanzaron
conyugales permisiones
que palabras engañaron,
que dispusieron traiciones
y derechos profanaron.
Partiéronse, y yo ignorante
llegué ayer, porque hoy castigos
padezca mi fe inconstante,
con dos hijos por testigos
y dos esposas delante.
Pero, en fin, doña María,
escoja la suerte mía
de dos daños el menor,
viviendo tú, no es Leonor
mi esposa, ni mi osadía
es bien que al cielo se atreva.
Si te das a conocer
harás en mi muerte prueba
del rigor de una mujer
deshonrada con tal nueva.
Sólo un medio se me ofrece
con que este daño excusemos.
Si difícil te parece

muera yo y acabaremos
la pena que me enloquece.

MARÍA: Como perderte no sea,
propón peligros, y vea
el mundo en mi amor constante
sufrimientos de diamante
que admire, aunque no los crea.

MANUEL: Dentro de una hora, don Juan
se ha de partir a Tanor,
de una armada capitán,
cuya amistad y valor
aliento a mis penas dan.

De su nobleza fiado,
haciéndole compañía,
saliéramos de cuidado;
pero daré, esposa mía,
sospechas, de ayer llegado,
si hoy me ausento y me despido,
regalado y persuadido
de don García, que ignora
agravios de honor, y ahora
que le asista me ha pedido.

Doña Leonor, si la dejo,
contará desesperada
lo que ha ocultado el consejo
e impedirá mi jornada
con mi vida airado el viejo.

Vete con don Juan, amores,
sin que descubras quién eres,
que en pasando estos rigores,
cuando algún tiempo me esperes
podrás con gustos mayores
premios debidos gozar
de mi amor, y yo mostrar,
si mudable te ofendí,
que sé volver sobre mí
como te supe olvidar.

MARÍA: ¿Pues qué inconveniente tiene
que yo me quede contigo?

MANUEL: Muchos, si a saberse viene

mi insulto, cuyo castigo
 será mortal; no conviene
 que tú participes de él.
 Don García es riguroso,
 la vejez es siempre cruel,
 si sabe que soy tu esposo
 y a su noble sangre infiel,
 alcanzaráte el rigor
 de su enojo. Al darme el hijo,
 triste fruto de mi amor,
 un hombre oculto me dijo,
 "Guárdaos del gobernador."

Quien me avisa que me guarde
 de él, amores, ya hace alarde
 de que su agravio recela;
 siempre es vieja la cautela
 como el delito cobarde.

Muera yo si ya está dada
 la sentencia contra mí,
 y no muerte duplicada
 con la tuya: quede en ti
 la imagen bella amparada
 de un hijo en quien resucito;
 luz hermosa que adoramos.
 Mi bien, ¿no será delito
 riguroso, si dejamos
 los dos huérfano a Diaguito?

Claro está; mejor podré
 ausentarme cuando esté
 libre de ti, del rigor
 que temo. Vete a Tanor,
 que al punto te seguiré.

MARÍA: ¡Ay, Manuel, que estoy dudosa
 de que quieres engañarme!
 En Goa Leonor hermosa;
 tú mudable y yo ausentarme
 cuando se llama tu esposa
 con un hijo? Si el postrero
 estiman los padres más,
 de tu olvido sólo espero

que ingrato añadir querrás
segundo agravio al primero.

MANUEL: Plegue a Dios, prenda querida,
si llorases ofendida
mi lealtad y fe constante
que vengativo levante
peligros contra mi vida
cuanto esta máquina encierra.
Si navegase, la guerra
del mar llevándome a pique
naufragios no notifique
inauditos; si en la tierra,
entre caribes adustos,
abrasados arenales,
tigres del monte robustos,
rayos de nubes mortales,
rigores del cielo justos,
todos juntos homicidas,
verdugos de mis enojos,
en las prendas más queridas
ceben su furia a mis ojos,
porque me quiten más vidas.

MARÍA: Basta, mi bien, que me pones
pasma con las maldiciones
que trueque en dichas el cielo.
Amoroso es mi recelo,
grandes tus obligaciones.
Haz de mí lo que gustares,
que amante en todo te sigo;
mas consuela mis pesares
con permitir que conmigo
lleve a Diaguito.

MANUEL: Que ampares
gusto yo en su compañía
soledades de mi amor
que peligran en la mía
si intenta el gobernador
mi muerte. Hermosa María,
a don Juan vamos a hablar.

MARÍA: En fin, ¿me vuelvo a ausentar

de ti?

MANUEL: Seguiréte luego.
A despedirme de Diego
voy.

MARÍA: ¡Qué de ello he de llorar!

MANUEL: ¿Y cuál, sin él y sin ti
he de quedar? En los dos
toda el alma dividí.

MARÍA: Bien mío, líbrete Dios
de este peligro.

MANUEL: ¡Ay de mí!

*Vanse. Salen GARCÍA de Sá, CARBALLO y dos
CRIADOS*

GARCÍA: Cerrad con llave las puertas
de todas aquestas salas.

CARBALLO: (¿Cerrar las puertas? ¡Qué malas Aparte
nuevas!)

GARCÍA: No dejéis abiertas
las ventanas.

CARBALLO: (¿Eso más?) Aparte

GARCÍA: A los dos nos dejad solos.

CARBALLO: (Mal se ponen estos bolos; Aparte
Carballo, en peligro estás.)

GARCÍA: En viniendo quien os dije
traedle también aquí.

Vanse los dos CRIADOS

CARBALLO: (Verdugo será, ¡ay de mí!) Aparte

GARCÍA: Sosiégate ¿qué te aflige?

CARBALLO: ¿Yo afligirme? Los culpados
se aflijan.

GARCÍA: Temblando estás.

CARBALLO: Algunos gatos verás
que maúllan encerrados.
Tengo condición gatuna;

abran, porque yo, señor,
 cerrado soy maullador
 y alívame el ver la luna.

GARCÍA: Sosiégate.

CARBALLO: Ya sosiego.

GARCÍA: ¿Eres bien nacido?

CARBALLO: Sí;
 dicen que cuando nací
 mama y taita dije luego,
 y que a las voces primeras
 desocupé la posada
 de una madre agallegada
 anchísima de caderas.

GARCÍA: ¿Gallego eres?

CARBALLO: De a caballo;
 porque un rocín, aunque en pelo,
 me jubilaba del suelo.

GARCÍA: ¿Cómo te llamas?

CARBALLO: Carballo,
 porque no sé en qué fayancas
 mi madre, ausente el marido,
 jugando pidió el partido
 --Son las gallegas muy francas--
 y un lencero algo molesto
 que el matrimonio terció
 perdiendo se levantó
 y yo me quedé por resto.
 Volvió el propietario a casa,
 y como ausente de un año
 vio que el devantal de paño
 se ahovaba, dijo, "¿Esto pasa?
 Mujer, ¿cómo habéis podido,
 en doce meses de ausencia
 sufrir tanta corpulencia?
 "Porque hogaño no ha llovido,"
 respondió, y según lo prueba,
 el pronóstico del cura,
 no ha de parirse criatura
 hogaño mientras no llueva."
 Él, viendo que averiguallo

era ofender a su honor,
dijo, "Escarballo es peor."
Por eso el hijo es Carballo.

GARCÍA: Si sois gallego no dudo
publicuéis cualquier secreto
en viéndoos en aprieto.

CARBALLO: Ninguno allá nace mudo.

GARCÍA: Pues escuchad advertido
aquellos golpes que dan
allí fuera.

CARBALLO: Oigo que están
desahuciándome el oído.
Sudando estoy por mil cabos.
¿Majan granzas ganapanes?
¿Por dicha en casa hay batanes?
¿Muelen maíz? ¿Plantan nabos?

GARCÍA: Más riguroso es su oficio;
allí os tienen de enterrar,
si rehusáis el confesar,
hasta el día del jüicio.

CARBALLO: No le ha de haber para mí.
Pues diga ¿qué me faltara
si yo jüicio esperara?
Moriré como nací;
porque en lo que toca al seso
tengo el cerebro algo angosto.
¿Confesar? Sí; por agosto
y cuaresma me confieso,
que son cristianos respetos;
y cuando no lo mandara
la iglesia, me confesara
sólo por decir secretos.
Mas yo ¿por qué he de pagar,
pecador de mí, señor,
si mi sá doña Leonor
tan bien supo aprovechar
cosechas de su hermosura,
que lo que en Dío tomó
con renta en Goa pagó
colmado en una criatura?

Si yo no fui la comadre,
 si yo no hice el cohombro,
 ¿es bien que me le eche al hombro?
 ¿Que muera yo sin ser padre?
 ¿Que me azadonen en vida?
 ¿Que me maten sin testar?
 ¿Y que haya yo de pasar
 dolores de la parida?

GARCÍA: No digas más; basta, sobra;
 éntrate, villano, allí.

CARBALLO: ¡Plegue a Dios si te ofendí
 por palabra, ni por obra...!

GARCÍA: Entra, infame,

CARBALLO: Aunque me entierren,
 los santos están mirando
 mi testamento. "Item: mando
 que en Cacabelos me entierren,
 y no como a los caballos,
 sin clérigos y en corral,
 al cuero colateral,
 entierro de los Carballos."

Vase

GARCÍA: Sentenciad la información,
 honra, de vuestros agravios;
 si a hijos matan padres sabios,
 ponedla en ejecución.
 En grado de apelación.
 es superior tribunal
 la clemencia natural;
 declarad si la admitís.
 ¡Ay, honra! ¿Que no, decís?
 Pero sois de Portugal.
 Huésped que el honor profana
 de quien en su casa vive,
 que infama a los que recibe
 sin ley divina ni humana;
 hija noble que liviana
 hace su afrenta mortal,
 ¿no es bien que con muerte igual

hallen el castigo en mí?

¿Qué decís, venganza? Sí;
pero sois de Portugal.

¿Qué proponéis vos, Amor,
porque lo segundo elija?
¿Que soy padre y que es mi hija
única doña Leonor?

¿Que ha de acabarme el dolor
de este irreparable mal?

¿Que no hay juez tan pedernal
que a sí se mate? Está bien;
no me espanto, que también
sois amor de Portugal.

Diga la prudencia ahora.

Si doy muerte a quien me infama,

¿no queda viva la fama
de afrentas publicadora?

Si se casan, ¿no mejora
mi discurso de consejo?

Si está manchado el espejo,
¿no es más cordura limpiarle
que perderle por quebrarle?

Si a mi nieto infame dejo,

¿a mí mismo no me infamo?

¿Así no le legitimo?

Triste en él, ¿no me lastimo
si bastardo vil le llamo?

Dudoso aborrezco y amo;
perdono a un tiempo y castigo;
soy padre y soy enemigo;
soy el juez y soy el reo.

Rehusó lo que deseo
y huyo lo mismo que sigo.

Venganza, sólo sois vos
ley del mundo sin prudencia;
ley de Dios sois vos, clemencia,
y yo el juez entre las dos.

Seguir al mundo y no a Dios
es necia temeridad;
rigor, filos embotad

y adquirid con mi mudanza,
no la honra en la venganza,
sino la honra en la piedad.

Sale MANUEL de Sosa y échase a sus pies

MANUEL: Señor, mi mudo silencio
trae en mi temor escrito
procesos en mi delito.
Contra mí mismo sentencio.
Como juez te reverencio
y como padre los labios
humildes, pero no sabios,
te piden en culpa tanta.

GARCÍA: Levanta, Manuel, levanta,
no despiertes mis agravios.
Mejor sabes defender
castillos que inclinaciones.
Vences bárbaras naciones
y no te sabes vencer.
Triunfa de ti una mujer,
¿y haces de triunfos alarde?
Ya llega el consejo tarde,
tu misma culpa te afrente.
Para los demás valiente,
¿para ti mismo cobarde?
Espérame aquí encerrado,
no salga la fama fuera;
aquí mi deshonor muera,
yo piadoso y tú casado.
Diversamente hospedado
serás de mi cortesía
que yo de ti el triste día
que me fue la suerte escasa:
yo, sin honor en tu casa;
tú, sucesor en la mía.

Vase

MANUEL: Cerca conclusión incierta

del puerto le hallo más lejos,
donde ni sondan consejos
ni ve el discurso la puerta.
No es en el golfo tan cierta
la muerte como a la vista
de tierra, si el cielo alista
vientos que entre obscuridades
a escollos llevan crueldades
en nave que los embista.

Muerte merecida aguardo
si mi mal no determino,
en mil se parte un camino
y en cualquiera me acobardo.

De dos a un hijo bastardo
mi elección ha de ofender;
de dos dejo una mujer
deshonrada, y en las dos
a un padre ofendo o a Dios.
Elección: ¿qué hemos de hacer?

Si elijo a doña María
y a doña Leonor ofendo,
el sepulcro están abriendo
que encubra la ofensa mía;
dicho me han que don García
pretende--¡terrible aprieto!--
que en mí, en Leonor y en su nieto
un castigo corresponda,
una tierra nos esconda
y nos encubra un secreto.

Poco importara en mi vida
satisfacer su rigor;
pero en la de mi Leonor
inocente y persuadida,
a mis engaños rendida,
en mis palabras fiada
y en un hijo retratada,
y que borre un daño igual
la copia y original,

no, Amor; no, Fortuna airada.
 Perdona mi hermosa ausente;
 hijo natural es Diego;
 no es bien que en la elección ciego
 bastardo a su hermano afrente;
 si su madre olvidos siente,
 sabida, peligros consulte,
 monasterios en que oculte
 la pena que la acongoja
 tiene Portugal; escoja
 uno que agravios sepulte.

Sale CARBALLO

CARBALLO: ¿Somos cristianos o moros?

Cuerpo de Dios con la puerta.

MANUEL: ¿Qué es esto?

CARBALLO: La puerta abierta,
 yo en encierro, y no de toros.

MANUEL: ¿Carballo?

CARBALLO: ¿Qué carballeas
 cuando lo que no comí
 me cuentan?

MANUEL: ¿Qué haces aquí?

CARBALLO: Cera hilada; tú te empleas
 en gustos, y a mí, inocente,
 un azadón me da prisa,
 y sin responsos ni misa
 vivo habrá cuerpo presente.

¿Han de enterrarte a ti y todo?

MANUEL: ¡Pluguiera, Carballo, a Dios!

CARBALLO: Caminaremos los dos
 mejor; que ahora no hay lodo
 al otro mundo a la sombra,
 sin riesgo de calenturas,
 en hilando sepulturas
 --sólo el pensarlo me asombra--
 por ventas cuando las haya,
 en carnes y a la ligera,

tú en tu muerte caballera
y yo en mi muerte lacaya.

Comiendo, en vez de perdices,
sapos avaros y feos,
culebras, y por fideos
gusanicos y lombrices.

Mas las puertas abren ya;
trocara yo esta ocasión
en moneda de vellón:
nuestro verdugo será.

*Salen el gobernador, don GARCÍA de Sá y
doña LEONOR*

GARCÍA: La vergüenza es provechosa
antes de hacerse el pecado;
tarde te has avergonzado.
Llega, y da a Manuel de Sosa
la mano.

LEONOR: De aquesa suerte
moriré, aunque desdichada,
contenta a un tiempo y honrada.

CARBALLO: ¿Bodas hay, y luego muerte?
Pues cásenme a mí también,
no me entierren virginal.

GARCÍA: Daros quiero bien por mal,
aunque indignos de este bien.
A don Juan de Mascareñas
escogía mi elección.
Ir contra la inclinación
ocasiona no pequeñas
dificultades después;
que el matrimonio desdoran
y necios los padres lloran
llevados de su interés.
Mi jurisdicción no llega
al alma, que el señorío
tiene en él libre albedrío.
Mientras que don Juan navega

honestad atrevimientos
 dándoos las manos los dos,
 y hallen los padres en vos,
 Leonor, sabios escarmientos.

Hoy habéis de desposaros
 y hoy también salir de Goa;
 un galeón a Lisboa
 despacho donde embarcaros
 podréis. Lo más de mi hacienda
 va en él, cuya estimación
 llega a cerca de un millón;
 dote es vuestro, no me ofenda
 presencia que me ha quitado
 el honor así adquirido,
 hasta que encierre el olvido
 enojos que me habéis dado
 y llegue mi sucesor.
 Cumpla así este medio sabio,
 desterrándoos, con mi agravio;
 desposándoos, con mi amor.

CARBALLO: Eso si despido al cura
 y pago en seco la cera;
 señores; ¿habrá quién quiera
 comprarme la sepultura?

MANUEL: La justicia y la clemencia
 en ti eternizan memorias;
 perpetúe el tiempo historias;
 dé estatuas a tu prudencia,
 y tú a nosotros los pies.

GARCÍA: Más vale que os deis las manos.

MANUEL: ¡Jesús! Tropecé; inhumanos
 pronósticos; si al través
 dais con mi dicha, ¿qué intento?
 Desnudóseme la espada.

GARCÍA: ¡Manuel!, ¿qué es eso?

MANUEL: No es nada.
 Turbación de mi contento.
 ¡Ay cielos, dadme, Leonor,
 ese cristal!

LEONOR: Ya os rendí

con ella el alma. ¡Ay de mí!
 ¿Qué es esto? Mirad señor,
 que os debéis de haber herido;
 la mano me ensangrentaste
 cuando a dárme la llegaste.

MANUEL: ¡Ay, cielo, por mi ofendido!
 ¡Ay esposa despreciada!
 Ya empiezan presagios tristes
 a vengaros.

GARCÍA: ¿Os heristes?

MANUEL: Un dedo al volver la espada.

LEONOR: Ataos en él este lienzo.

MANUEL: Esto es señal, mi Leonor,
 que mezcla sangres amor,
 y en la que a daros comienzo
 veréis cuán unos los dos,
 al yugo de amor atados,
 la unidad de los casados
 logramos, que dijo Dios.

GARCÍA: No hay que mirar agüeros
 ni miedos supersticiosos;
 el cielo os haga dichosos;
 poco tiempo hay, disponeros
 para el viaje es razón;
 ved lo que hay que apereibir,
 que esta noche ha de salir
 de la barra el galeón.

Venid, que no es bien me venza
 de llanto que afrentas da.

LEONOR: ¡Ay Dios! ¿qué fin tendrá
 boda que en sangre comienza?

CARBALLO: ¿Vivo y sano y enterrar?
 ¡Oh trágicos azadones!

MANUEL: María: mis maldiciones
 ya me empiezan a alcanzar.

*Vanse. Salen doña MARÍA, de mujer, don JUAN
 y DIAGUITO*

JUAN: Aguardaréle en Tanor,
 aunque dilate esperanzas
 que martirizan tardanzas.
 Ha de ser doña Leonor
 mi esposa, y es cada día
 siglo eterno mi deseo.
 Manuel de Sosa hizo empleo,
 hermosa doña María,
 digno en vos de su nobleza.
 Encubrióme vuestro ser,
 mas no se puede esconder
 disfrazada la belleza.
 Más decente es ese traje,
 hálleos en él quien os ama;
 respétoos como a su dama,
 si primero cono a paje
 de mi Leonor os tenía
 voluntad.

MARÍA: Ya me prometo
 dichas de feliz efeto
 en la noble compañía
 de amigo tan generoso.
 Quiéreos mucho Manuel.

JUAN: Paga mi fe; pero de él
 vengo no poco quejoso,
 pues no se fió de mí
 ni quien érades me dijo.
 Tal esposa y con tal hijo;
 yo tan su amigo, ¿y así
 encubrirme sus amores?

MARÍA: La brevedad del viaje;
 el andar yo en ese traje
 y el riesgo de sus temores
 disculpa le pueden dar.

JUAN: ¿Qué riesgo pudo temer
 esposo de tal mujer
 en Goa para ocultar
 seguridades de amor;
 y encubriéndolas así
 querer que esperéis aquí?

MARÍA: Hay quien le fía el honor
 en Goa, en fe de promesas
 imposibles de cumplir,
 que rotas han de surtir
 en venganzas portuguesas.
 Tiene padre poderoso;
 y en belleza, sangre y fama
 es igual a vuestra dama.
 Ved, con esto, si es forzoso
 excusar tan ciertos daños.

DIAGUITO: ¿Dama y padre y que a Leonor
 se iguala y fía su honor?
 No hay voluntad sin engaños.
 Logre la vuestra y con bien
 le traiga a Tanor el cielo.

JUAN: Señor Diaguito, recelo
 que, según os halláis bien,
 con vuestra ya conocida
 madre, os habéis de olvidar
 de vuestro padre y dejar
 de llorar por él.

MARÍA: Mi vida,
 ¿á quién queréis de los dos
 más?

DIAGUITO: Bueno es todo. A mi padre
 como a cabeza; a mi madre
 como alma suya.

MARÍA: Y que en vos
 logra toda su ventura.
 Mucho os quiere Safidín.

JUAN: La reina, su esposa, en fin,
 es vuestra dama.

DIAGUITO: Es figura.

MARÍA: ¿No os regala?

DIAGUITO: Sí; mas besa
 demasiado señora,
 y tiene el olor de mora.
 ¡Si ella fuese portuguesa,
 aún, vaya!

JUAN: ¿Vaya? Temprano;

de tal árbol fruto tal;
no os negará Portugal
por lo tierno y cortesano.

Ruido de tiros

¡Salva en la playa! ¿Qué es esto?

Sale CARBALLO

MARÍA: ¿Naves nuevas?

CARBALLO: Linda tierra;
valle fértil, fresca sierra.

JUAN: ¿Carballo?

CARBALLO: ¿Señor?

JUAN: ¿Tan presto
vos aquí?

CARBALLO: Y con mi señor.

MARÍA: ¿Qué dices?

CARBALLO: La verdad pura:
altarimar cingladura,
tomando puerto en Tanor,
viento en popa y mar bonanza
sesenta embocamos leguas.

MARÍA: Pesares, ya os daré treguas.
Amor, ya os daré esperanza.

CARBALLO: ¿Qué renunciación es ésa
de traje, señora mía?
¿De Acuña en doña María?
¿De soldado en portuguesa?

MARÍA: Volver a mi natural,
pues en mis dichas he vuelto.

CARBALLO: Mi señor viene resuelto
de vivir en Portugal.
Capitán de un galeón
el gobernador le ha hecho;
que no le ha visto, sospecho,
tan grande nuestra nación.

Desembarcará mañana
 con un presente que envía
 a Safidín don García
 y a la reina, si es cristiana;
 que hoy ya es tarde, y así salgo
 a daros cuenta a los dos
 de esta venida, y a vos,
 señora, a deciros algo
 que os regocije al oído.

MARÍA: Señal que albricias esperas.

Al oído

CARBALLO: ¿Viste todas las quimeras
 que los dos habéis temido
 en Goa, la muerte al ojo
 al creer que don García
 el nieto parto sabía
 y que fulminara enojo?
 Pues, no sólo no lo sabe,
 pero juzgando a favor
 que el capitán, mi señor,
 lleve a Portugal su nave,
 el cargo le ha dado de ella,
 y está esperando a don Juan
 para que esposo y galán
 de la Leonor, doncella
 al uso, alegre su padre,
 y aunque parió de esta traza
 correrá como otras plaza
 la tal, de virgen y madre.

MARÍA: Todo lo dispone el cielo,
 a mis suspiros clemente.
 Mas doña Leonor, ¿qué siente
 de eso?

CARBALLO: Darála consuelo
 el ver que secreto queda
 su atrevimiento amoroso,
 y que remudando esposo

sirve a su padre y le hereda.

MARÍA: Buenas nuevas te dé Dios;
toma esta cadena.

CARBALLO: Buenas
son nuevas que dan cadenas.

A todos

Mientras que no os veis los dos,
que será en amaneciendo,
llevémosle allá a Diaguito
en vez de papel escrito,
pues en él está leyendo
el amor que le tenéis.

MARÍA: Mañana ¿no le verá?

CARBALLO: Triste con su ausencia está.
Si este regalo le hacéis
daréisle la mejor cena
que se puede imaginar.

DIAGUITO: Madre, llévenme a embarcar
con mi padre.

MARÍA: En hora buena.

JUAN: Yo le voy a prevenir
refrescos, e iré con él
a cenar.

CARBALLO: Amigo fiel,
en fin.

JUAN: Débole servir.

MARÍA: Diego: ¿en efecto, queréis
dejarme por vuestro padre?

DIAGUITO: Mañana vendremos, madre,
a verla los dos.

MARÍA: ¿No veis
cuán mal dormiré sin vos?

DIAGUITO: Madre, a fe que llore.

MARÍA: Andad,
y estos abrazos le dad
de mi parte.

CARBALLO: Adiós.

DIAGUITO: Adiós.

Vanse don JUAN, CARBALLO y DIAGUITO

MARÍA: Ésta es la primer ventura,
 cielos, que mi amor os debe.
 Ya que es sola, no sea breve,
 pues no lo es la que no dura.
 ¡Oh mar, tu golfo asegura,
 siquiera en fe de mostrar
 cuánto va de amor a mar,
 color de cielos y celos;
 deja éstos, sé de los cielos
 retrato en no te mudar!

Salen don JUAN y CRIADOS

JUAN: Una falúa prevén
 que me lleve al galeón,
 y en ella el refresco pon
 que te apercibo.

CRIADO 1: Está bien.

JUAN: Cúbrela de banderolas
 que el aire alegren inquietas;
 chirimías y trompetas
 hagan aplauso a sus olas.
 ¿Queréis que vamos los dos
 a verle esta noche?

MARÍA: Sí.

CRIADO 2: Esta carta es para ti,
 y ésta también para vos.
 Al embarcarse, el criado
 que ahora en tierra saltó
 que os las diese me rogó.

JUAN: ¿Cartas? ¿Cúyas?

MARÍA: ¡Ay cuidado!
 Ésta es de Manuel de Sosa.

JUAN: Su letra es ésta y su firma.

MARÍA: Nuevos recelos confirma
mi desdicha rigurosa.

Quien a la lengua del agua,
pudiéndome ver, me escribe,
nuevas penas apercibe,
nuevas desventuras fragua.

JUAN: Aguardar quien las traía
a embarcarse para darlas,
y en tierra disimularlas
viniendo a vernos, no fía
mucho su dueño de mí.

MARÍA: Toda soy desasosiego.
¿Cartas y llevarme a Diego?
Leed, don Juan, ¡ay de mí!

Lee

JUAN: "En Dio logró el secreto,
don Juan, una coyuntura
que dió en Goa a la hermosura
fruto, de su causa efeto;
don García tiene un nieto
con que remoza sus años,
esposa yo, amor engaños,
Leonor gusto, vos prudencia;
cura el tiempo, olvido ausencia,
y acuerdo los desengaños."

¡Oh alevé! ¡Oh Leonor ingrata!
¡Oh falso gobernador!
¡Oh celos, que es lo peor,
pues vuestro infierno me mata!

No quede nave en el puerto
que amarras no haga pedazos,
remos que a fuerza de brazos
no sigan a quien me ha muerto.

Velas que lleven venganza,
pues mas que los vientos corren;
balas, que esperanza borren

de quien me quita esperanza.

Quejas que cielos obliguen,
 flechas que tiranos pasen,
 y celos que los abrasen,
 penas que ingratos castiguen.

Vase

MARÍA: Mudos son mis sentimientos;

que las ansias que aliviarse
 pueden, cielos, con quejarse
 no son ansias, no tormentos.
 Qúitenme los instrumentos
 con que el dolor se mitiga;
 no suspire, no prosiga
 lágrimas que salgan fuera,
 quien porque en sí misma muera,
 en sí misma se castiga.

Alma que su pena apoca
 en el cuerpo que la hospeda,
 sin darse muerte se queda
 o viviendo no está loca.
 Ciérrela el pesar la boca;
 halle la salida escasa,
 en los ojos ponga tasa
 la pena, el llanto ya tarde,
 y abrácese por cobarde
 quien no osa salir de casa.

Veneno es este papel
 como el traidor que le escribe.
 Quien con tantas penas vive
 podrá ser vivo con él,
 a su fe y palabra infiel
 e ingrato a Dios. ¿Qué esperáis,
 alma, que no le miráis?
 Si os es el vivir molesto,
 vedle, mas con presupuesto
 que muerte me deis y os vais.

Lee

"Aprietos de don García,
 inocencias de Leonor
 y un sepulcro que el rigor
 para tres cuerpos abría,
 prenda mía, ya no mía,
 a mi pesar injuriada,
 mi fe castigan quebrada,
 mas para cortas venturas
 fundó el cielo en las clausuras
 presidios de gente honrada."

No lo serán para mí
 pues que sin honra me dejas,
 ni el cielo, a mis llantos sordo,
 pondrá en olvido su ofensa.
 Ya está la adúltera nave,
 menospreciando firmezas,
 favoreciendo mudanzas
 que imita al traidor que lleva,
 sin recelo que les calme
 el viento, hinchadas las velas
 las ayudan mis suspiros,
 que dan por la popa en ellas;
 para atormentarme más,
 las voces infames llegan
 de los ministros villanos
 a mis confusas orejas.

Dentro

VOZ: ¡Iza, que el viento se alarga!

Dentro DIAGUITO

DIAGUITO: ¡Madre, señora! Sin ella,

¿dónde me lleva mi padre?

MARÍA: ¡Ay, cielo! ¡Ay, ansias! ¡Ay, penas!
 ¡Dejadme arrojar al agua,
 mi bien, mis ojos! ¿Qué intentan
 los que sin vos lastimosa
 mis desdichas acrecientan?
 ¿Que el rigor no me permita
 este consuelo siquiera?
 Diego mío, espejo hermoso,
 ¿que aun no gusta que me vea
 en vos vuestro padre ingrato?
 Mas si en vos se representa,
 en vos veré ingraticudes,
 amores, querida prenda.

DIAGUITO: Madrecita de mis ojos
 yo me echara al mar tras ella
 si estos hombres me dejaran.

MARÍA: ¡Cielos santos! ¿No hay tormentas,
 no hay calmas, no hay huracanes,
 que ingratos al puerto vuelvan?
 ¿Todo ha de ser mar bonanza?
 ¿Todo viento en popa? Vengan
 borrascas que el leño embistan,
 piratas que le acometan,
 rayos que le despedacen,
 rémoras que le detengan,
 ballenas que le trastornen,
 bajíos que le hagan piezas.
 ¡Diego mío!

Muy lejos

DIAGUITO: Adiós, adiós.

MARÍA: ¡Plegue al cielo que no tengas,
 crüel, próspero viaje!
 El mar, enriscando sierras,
 tus pilotos desatine;
 desmenuce tus entenas,
 tus velas al agua arroje,

tus jarcias todas revuelva,
no te quede mástil sano,
no te deje tabla entera;
diluvios sobre ti caigan
porque zozobres en ellos;
en su piélagos agonices,
y si llegares a tierra,
estériles playas llore;
encuentres Libias desiertas,
caribes tu esposa agravien,
indios roben tus riquezas,
la sed mate a tus amigos,
de hambre tus ministros mueran.
Las prendas que más estimes,
ésas en pedazos veas
pasto de hambrientos leones,
de tigres mortales presas.
No sepan de ti las gentes,
ni otra sepultura tengas
que las silvestres entrañas
de las más bárbaras fieras.
Mas, ¡ay, crüel!, tus maldiciones mismas
éstas, no te alcancen, que me llevas
la prenda más querida;
por ella ampare Dios tu ingrata vida.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

*Salen doña MARÍA, don GARCÍA y don
JUAN*

GARCÍA: No aumentan, doña María,
mis ansias vuestros enojos,
que en vos salen por los ojos
parando en el alma mía.
No sabía
que desposados los dos
--¡ay, honra! ¡ay, Dios!--
cuando su fama ofendiera,
se atreviera
al cielo, a mi honor y a vos.
¿Qué importa que para el mundo
sea legítima esposa,
Leonor, de Manuel de Sosa?
Preso en tálamo segundo
en Dios fundo
el derecho verdadero,
y así infiero
que es adúltero Manuel
para con él,
casado con vos primero.
De un golpe sólo ha quitado
seis honras, siete ofendido,
a Dios el yugo rompido
que al hombre una esposa ha dado;
a mí engañado,
ignorante de este error,
y a Leonor,
que ser única creía,

y en un día
pierde esposo, ser y honor.

A vos, pues, os menosprecia,
dejándoos con tal crueldad;
a don Juan, cuya amistad
rompe, que un bárbaro precia.

Leonor, necia,
llorará bastardo un hijo;
que colijo
de quien hidalgo se llama,
y a su fama
ofende... ¿ni qué me aflijo?

Si yo el consejo siguiera
de mi venganza, ocultara
mi agravio y los enterrara
juntos, puesto que muriera.

¿Y á qué espera
padre que en su honor estriba,
si se priva
de restaurar desaciertos?
A estar muertos
no llorara infamia viva.

Era la honra mi espejo;
sienta el alma su destrozo;
su aumento procuré mozo,
su pérdida lloro viejo.

Vil consejo
de piedad. Esto merece
el que obedece
a su amor, porque enterrado
el pecado
ni deshonra ni padece.

¡Qué bien guardará secretos
un sepulcro vengativo!
Ya mi agravio sucesivo
pasará de hijos a nietos;
ya respetos
de honor el remedio es tardo,
ya no aguardo
sino descendencia infame

cuando llame
mi nieto el mundo un bastardo.

JUAN: Los sentimientos son vanos,
perdóneme vueseñoría,
cuando la venganza envía
sangre animosa a las manos.

 Mientras vive el ofensor
no desmaye el ofendido;
doña Leonor no ha perdido
un ápice de su honor.

 Si la deslealtad supiera
del capitán, cosa es clara
que la mano le negara,
que la suya no admitiera.

 No le juzgaba casado;
su engaño creyó apacible,
y la ignorancia invencible
excusa todo pecado.

 Faltando el consentimiento
no hay culpa en la voluntad;
no consintió su beldad
sin conyugal sacramento

 que amor le aposeionase;
y así no me espanto yo
que quien a ti engañó
a una mujer engañase.

 Es crédula la belleza;
¿qué mucho que en tal porfía
se fiase de quien fía
el rey una fortaleza?

 Manuel de Sosa, ése sí,
que su lealtad atropella
contra el cielo y Leonor bella,
contra tu honra y contra mí.

 Pero por eso el honor
halló amparo en la venganza,
menoscabo en la tardanza
y padrino en el valor.

 Yo iré tras él, pues me toca

tanta parte de este mal,
 no sólo hasta Portugal,
 cuando falte alguna roca
 que alevosos despedace,
 por todo cuanto al sol mira
 desde el sepulcro en que expira
 hasta la cuna en que nace.

Yo le traeré a tu presencia,
 porque en ella amigo falso,
 el teatro de un cadahalso
 represente la sentencia
 capital, que ya le intimo;
 y satisfecho tu honor
 la mano a doña Leonor
 daré, que no desestimo
 yo inocencias engañadas
 de amorosas persuasiones.
 Tú que en las ocupaciones
 de aqueste gobierno atadas
 tienes las manos y pies
 estorbando el ausentarte,
 permite, señor, vengarte
 la ira de un portugués
 que tu honor va a restaurar,
 y, aunque aborrecido, adora.
 Tiende velas, desancora,
 alza amarras, vira al mar.

Vase

GARCÍA: ¡Plegue a Dios que los alcances
 y que venciendo imposibles,
 surques golfos apacibles
 victorioso de sus trances!
 ¡Plegue a Dios que a mi presencia
 don Juan generoso, tornes
 con ellos, para que adornes
 armas que a tu descendencia
 dejes, y escriban historias

la fama de tu valor;
que el restaurar un honor
más vale que mil victorias!

Vase

MARÍA: ¡Plegue a Dios que favorables
vientos, don Juan noble, lleves,
porque faciliten leves
sus piélagos formidables!
 ¡Plegue a Dios que halles concordés
olas de la mar sagrada,
y que a la primer jornada
la nave adúltera abordes!
 Mas si un ingrato ha de ser
de tu venganza despojos
nunca--¡plegue a Dios!--tus ojos
sus gaviás merezcan ver.
 Diversa derrota sigas
vientos tengas por la proa,
nunca llegues a Lisboa,
nunca tu intento consigas.
 Dificultades inmensas
se opongan a tu furor,
porque más puede un amor
si es firme, que mil ofensas.

*Vase. Aparécese una nave en lo alto, y en
ella doña LEONOR, MANUEL de Sosa, CARBALLO y otros;
zunchazos*

LEONOR: ¡Favor, cielos piadosos!
 ¡Ay, mi Manuel, que vientos tan furiosos!
MANUEL: Calmó, Leonor, el Leste,
 persíguenos Sudueste con Nordeste;
 el mar al cielo llega.
CARBALLO: Maldiga Dios el alma que navega.
LEONOR: ¡Favor, cielo divino!

CARBALLO: ¡Agua de Satanás, tórnate vino!

Servirá de sufragio
en lugar de tormenta tu naufragio.

MANUEL: Por junio en estos mares
estos dos vientos siempre dan pesares.

CARBALLO: No vaya yo al infierno
por agua, ni en paraje donde invierno
es por junio y por mayo.
Muerte aguada, ¿qué quieres de un lacayo,
que en puras ocasiones
trocaba tus espumas en jamones?

MANUEL: Distamos, Leonor mía,
de la línea abrasada al medio día
cerca de treinta grados;
por invierno y con vientos encontrados
irémonos a pique;
volvamos a Sofala o Mozambique
e invernemos en ella.

TODOS: Vira la proa.

CARBALLO: ¿Qué maldita estrella
me sacó de Galicia?

TODOS: ¡Jesús sea con nosotros!

CARBALLO: Por justicia
entre rayos airados,
ya cocidos nos llevan, y ya asados,
si peñascos, jigote
no hicieren de nosotros o almodrote.
Gallego Ribadavía,
¿dónde estás?

TODOS: ¡Jesús!

MANUEL: Arbol y gavia
arrancó el mortal viento,
aligera el navío.

CARBALLO: ¿Ha tal tormento?

MANUEL: Echa al agua esas cajas
de drogas y pimienta.

CARBALLO: Con ventajas
juega el mar si está airado,
¿que hará después, señor, salpimentado?
Otras cosas le aplica

que la pimienta abrasa, enoja y pica.
 Échale dos poetas
 de estos que silba el vulgo y son maletas
 de Apolo; de estos bromas
 que hacen andar los versos por maromas.
 Échale treinta suegras
 y en ellas cebarán sus olas negras.
 Échale diez madrastras,
 verás, si por sus sales las arrastras,
 cuán presto se sosiega.

MARINERO 1: El agua hasta las obras muertas llega
 sin que a fuerza de brazos
 sangrarla puedan bombas ni zunchazos.
 La tierra está cercana,
 varar en ella importa, aunque inhumana.

MANUEL: El cabo es formidable,
 que de Buena Esperanza hizo agradable
 el nombre lisonjero,
 si cabo Tormentoso fue primero;
 mortal su llano y sierra.

TODOS: ¡Que nos vamos a pique!

MANUEL: Vara en tierra;
 echa el batel. Señora,
 la vida importa, no la hacienda ahora.
 Venid.

Vanse

CARBALLO: ¿Luego me dejas
 a que me torne congrio? Oigan mis quejas;
 sordos son, mas no mudos;
 romadizado el cielo da estornudos;
 no hay hijo para padre,
 flemas vomita el mar sin mal de madre.
 Cada cual tabla escoge
 en que la vida como resto arroje;
 buscad una, Carballo,
 si sabéis por la mar ir a caballo;
 harta tu sed ahora

con un millón que tu profundo dora,
 sórbelo, mar traviesa,
 que en esto eres de casta ginovesa.

*Vase. Salen DIAGUITO, doña LEONOR, con un
 niño en los brazos y MANUEL DE SOSA*

MANUEL: Pues quedamos con las vidas
 démosle gracias a Dios;
 ¡Señor, perdonadme vos
 tantas culpas cometidas!
 Basten ya tantos trabajos;
 halle amparo en vos mi fe;
 perdí mi hacienda y hallé
 los venturosos atajos,
 para vos, de la pobreza.
 Si la limosna os obliga,
 permitid, Señor, que diga,
 no soberbio, que es bajeza,
 sino alegando servicios
 para que os doláis de mí,
 que a necesitado di
 remedio; que beneficios
 atajaron desconciertos
 de pobres que sustenté,
 las huérfanas que casé,
 sacrificios que hice a muertos,
 religiosos amparados,
 hospitales socorridos
 y cautivos redimidos;
 cuarenta y seis mil cruzados
 en vuestros libros de caja
 hallaréis, piadoso Dios,
 en partidas, donde vos,
 si premios de tal ventaja
 ofrecéis, piadoso y largo,
 a quien el sediento envía
 sólo un vaso de agua fría,

podréis librar mi descargo
 y asentar mi finiquito.
 Si por pagado no os dais;
 si airado, Señor estáis,
 yo solo que hice el delito
 el castigo experimente
 que mi soberbia enfrenó;
 yo pequé, páguelo yo;
 no, mi Dios, tanto inocente.

LEONOR: Ea, mi bien, tu valor
 prueba la suerte importuna.
 No venciendo a la Fortuna
 no te llames vencedor.
 Sorbió nuestra hacienda el mar,
 ¿qué importa, si vida tienes?
 No hay que hacer caso de bienes
 que son bienes al quitar.
 Cleantes los arrojó
 voluntario y no forzado.
 Lo que hizo un gentil de grado,
 ¿por qué he de sentirlo yo?
 Si, como dices, me quieres,
 tu caudal logras en mí.

MANUEL: ¿Tú me consuelas así,
 mi bien, sol de las mujeres?
 ¿Tú, que frágil necesitas
 el consuelo? No te nombres
 mujer, pues vences los hombres
 y tu valor acreditas.
 En los trabajos diamante,
 ni temerosa, ni opresa,
 eres en fin portuguesa,
 no hay peligro que te espante.
 Diego, ¿cómo venís vos?

DIAGUITO: Mojadillo, pero sano.
 Señora, déle a mi hermano
 de mamar.

LEONOR: Entre los dos,
 Diego, mi amor repartido
 un mismo lugar tenéis;

vos, porque lo merecís,
y él porque yo lo he parido.

Salen cuatro MARINEROS

MARINERO 1: Del mal el menos.

MANUEL: ¡Hermanos!

MARINERO 2: Ciento diez hombres se quedan
por la costa donde puedan
servir a los inhumanos
monstruos del mar de sustento;
los cuarenta de ellos son
portugueses.

LEONOR: ¡Compasión
extraña!

MARINERO 2: Pero el aliento
de ver la muerte a los ojos
a quinientos animó.

MARINERO 3: De la nave se sacó
alguna ropa y despojos,
cien mosquetes, cien espadas
y cosa de treinta picas.

MANUEL: Éstas son presas más ricas
que las joyas más preciadas.

MARINERO 3: Pero está la munición
hecha un agua.

LEONOR: Enjugaráse
cuando esta tormenta pase.

MARINERO 3: Lo demás y el galeón
sorbíóselo el mar ingrato.

LEONOR: Jugó Fortuna, ganónos;
alzóse, en fin, y dejónos
eso poco de barato;
agradezcámoselo,
que en el juego es ordinario
perder, y el tiempo es voltario,
volverá lo que llevó.

MARINERO 4: ¿Hay tal ánimo?

LEONOR: ¿Qué tierra
es ésta?

MARINERO 1: Si hemos de dar
fe a cartas de marear,
de cafres es esta tierra;
los bárbaros más crüeles
de la Etiopía africana.

LEONOR: Todo el esfuerzo lo allana;
armas hay que abrasan pieles.

MANUEL: ¿Cuánto habrá de aquí a Zafala?

MARINERO 1: Si hubiera en qué navegar
doscientas leguas por mar;
pero por costa tan mala
su camino pone espanto.

LEONOR: Todo ha de vencerlo el brío

MARINERO 1: Cien leguas de aquí está el río...

MANUEL: Bien.

MARINERO 1: ...del Espíritu Santo;
y será posible hallar
portugueses que por él
con esta gente crüel
marfil suelen rescatar
por herramienta y espejos.

MANUEL: Pues, amigos, imposibles
vencen pechos invencibles;
no está el socorro tan lejos
que en ese río esperamos
que buscarle no podemos.
Portugués valor tenemos,
quinientos hombres quedamos.

MARINERO 2: Sí, mas ¿qué hemos de comer?

LEONOR: Árboles hay por los riscos,
y por la costa mariscos;
hombres sois, mas yo mujer
que he de llevar la vanguardia;
Manuel, dadme ese bastón.

MARINERO 1: Si nos pone corazón
tan hermoso ángel de guarda,
¿quién ha de haber que peligro?

MANUEL: Pues alto; a marchar, soldados.

MARINERO 2: Vamos todos apiñados;
que hay tanto león y tigre,

que en desmandándose alguno
bien pueden doblar por él.

LEONOR: ¡Ánimo, pues, mi Manuel!
No se descuide ninguno.

MANUEL: Dejad, mi bien, que primero,
de las tablas que ha arrojado
el mar, con todos airado,
os hagan, aunque grosero,
algún sillón en que os lleven.

LEONOR: Correréme si eso mandas;
a imágenes lleven andas,
damas sus regalos prueben,
que yo he de ir a pie y delante.

MANUEL: Dame esos brazos, valor
de Portugal.

LEONOR: Soy Leonor
León al nombre semejante.

MANUEL: Traigan los negros de carga
lo que nos perdonó el mar.

LEONOR: Señores, alto, a marchar,
porque es la jornada larga.
Cuando falte de comer
cuentos y donaires tengo;
veréis cómo os entretengo
el hambre.

MARINERO 2: ¡No hay tal mujer!
Por animarnos se ríe.

MARINERO 1: Siempre hemos de ir playa a playa.

MANUEL: Dios en nuestro amparo vaya;
el ángel santo nos guíe.

Vanse. Salen BUNGA y QUINGO, negros

BUNGA: ¿Fuéronse los blancos?

QUINGO: Sí.

BUNGA: Míralo bien.

QUINGO: Ya se han ido;
desde aquel bosque escondido,
hecho un escuadrón los vi,

que marchaban ordenados
por la costa.

BUNGA: Fuego en ellos;
que tanto miedo he de vellos
con rayos desatinados,
que ardiendo echan los bodoques
y alcanzan de a legua y más.

QUINGO: De ellos se quedan atrás
tal vez, Bunga, en que provoques
el apetito.

BUNGA: Bien sabe
la carne blanca, es muy tierna;
antaño comí una pierna
porque se perdió una nave
cerca de aquí, y de la gente
que casi ahogada salió,
medio blanco me tocó.

QUINGO: Viene mucha del poniente
por el marfil que rescatan
aquí cerca, hacia aquel río
del rey de Bongo.

Sale CARBALLO

CARBALLO: ¡Dios mío,
favor!

BUNGA: ¡Ay!

CARBALLO: Que me maltratan
aguas que nunca probé.

QUINGO: ¿Qué es eso?

BUNGA: Un blanco arrojó
el mar.

QUINGO: ¿Tiene rayo?

BUNGA: No.

QUINGO: Pues si no, le pasaré
con esta vara tostada,
y tendremos que cenar.

BUNGA: ¡Oh, qué hartazgo me he de dar!

CARBALLO: ¡Ay, tras cada bocanada

echo las tripas!

QUINGO: ¿Le paso?

BUNGA: Bien pasado el pobre está.

Cojámosle vivo.

CARBALLO: Ya

no hay, Carballo, que hacer caso

de vos, ya estáis enjuagado;

estómago que ha sufrido

tanta agua, de él me despido;

no quiero vivir aguado.

BUNGA: Agárrate, pues te alegras

con tales presas.

QUINGO: Aquí.

Cógenle

CARBALLO: ¡Jesús, que vienen por mí

dos pájaros de uñas negras!

¡Cata la cruz!

BUNGA: Tenle bien.

CARBALLO: ¡San Blas, San Arquitricino,

que volviste el agua en vino;

San Pero González!

QUINGO: Ten.

BUNGA: ¡Ay, cielos, qué linda cara

tiene el blanco!

CARBALLO: ¡San Domingo,

San Miércoles!

BUNGA: Oye, Quingo,

flaco está, si él engordara

sabroso bocado fuera.

QUINGO: ¿Pues hay más que le cebemos

dos meses?

BUNGA: Así lo haremos;

agasájale, no muera

de temor, porque seguro

que no le hemos de matar

más fácil podrá engordar.

QUINGO: Bien has dicho.

BUNGA: *¡Guro, guro!*

QUINGO: *Cugazú, morcí, morcí.*

CARBALLO: No os entiendo, no os entiendo;
 ¿qué diablos me estáis diciendo?

BUNGA: *Jigo...*

CARBALLO: ¿Jigote de mí?
 ¡Ay, cielos, guisarme quieren!

QUINGO: *Morcí.....[-én]*

CARBALLO: Y morcillas también
 si en vino no me cocieren.

BUNGA: *Asarú, jigo, quizú.*

CARBALLO: ¿Asado y jigote yo?
 ¡mal haya quien me parió!

QUINGO: *Pastilay, Bunga mi zú.*

CARBALLO: ¿Que hay pastel en mí y buñuelos,
 dicen?

BUNGA: No quiere entender.
 Dile que yo soy mujer,
 que pierda el temor. ¡Ay, cielos!
 que en él me estoy abrasando.
 Dile que no morirá.

QUINGO: *Pastilay.*

CARBALLO: Pastel habrá
 y empanadas.

BUNGA: ¡Qué temblando!

QUINGO: *Albongonzú.*

CARBALLO: Albondiguillas
 me quieren hacer también.

BUNGA: *Pastilay.*

CARBALLO: ¡No huelo bien,
 pues dice ésta que hay pastillas!

BUNGA: Quingo, en mi tambo estará
 mejor si hemos de cebarle,
 que yo sabré regalarle
 y así se asegurará.
 ¿No te parece?

QUINGO: Pues yo
 tengo más gusto que el tuyo.

BUNGA: ¡Ay, amor, si éste es mi cuyo

en buen punto acá salió.

Bunga, yo, carní verí.

CARBALLO: Ya me hacen carnero verde.

BUNGA: Parece que el temor pierde.

CARBALLO: Regalos me hace, ¡ay de mí!

Contemporizar, Carballo,
por no morir.

BUNGA: *Bongo, bongo.*

CARBALLO: Será fin de Monicongo,
no te entiendo.

BUNGA: *Bongo.*

CARBALLO: Andallo.

Abrázale

Abrazóme.

BUNGA: Si con él
me caso, no hay más placeres.
Bongo.

CARBALLO: ¿Qué diablos me quieres,
tarima de San Miguel?

BUNGA: Yo le hartaré de marfil.
Cocí, cocí.

CARBALLO: Ya entender.
Dice que me han de cocer,
ya yo llevo perejil.

*Vanse. Salen doña LEONOR, MANUEL, DIAGUITO y
los cuatro MARINEROS*

MANUEL: El deseado río descubierto,
no hallamos, Leonor mía, embarcaciones;
el hambre cuatrocientos nos ha muerto,
pasto fatal de tigres y leones;
infructífero y sólo este desierto,
salada el agua y tantas maldiciones
como me alcanzan, niegan la salida
la muerte al alma y al dolor la vida.

Un vaso de agua cuesta cien escudos;
premio mortal de aquél que va por ella;
pues apenas se parte, que desnudos
de ropas y crueldad le dan por ella
muerte los cafres bárbaros y mudos.
Acabóse el sustento, esposa bella;
un pellejo de cabra mis soldados
comieron hoy, y costóme cien cruzados.

El reyecillo vil de aquesta gente
nos ofrece en sus fuerzas hospedaje,
entretanto que el cielo, más clemente,
nos trae amigos que nos den pasaje;
pero hallo en ello más inconveniente
que en todo lo demás de este viaje,
porque las armas en rehenes pide,
o si no se las damos nos despide.

Dice que sus vasallos, asombrados
de nuestros arcabuces, no aseguran
sus vidas de nosotros si hospedados,
su pobre habitación darnos procuran,
entre riscos incultos retirados,
firmes en este tema todos juran
que si nos desarmamos amigables,
nos darán de sus frutos miserables.

Obligarles por fuerza es imposible
si miráis de estos montes la aspereza;
rendir las armas, condición terrible,
pues no hay seguridad en su fiereza;
morir de sed y hambre es cosa horrible,
mas será indubitable la certeza
de nuestro lastimero fin, de modo
que todo es peligroso, mortal todo.

Pero de tantos males y trabajos
el menor, si os parece, es bien que escoja;
simples son; con caricias y agasajos
se amansa un tigre y su rigor se afloja;
al remedio busquemos los atajos,
alivie la prudencia a la congoja;
mi voto, amigos, es que les rindamos
las armas que nos piden, y vivamos.

MARINERO 1: Yo, a lo menos, morir armado quiero.

MARINERO 2: Yo de idólatras bárbaros no fío.

MARINERO 3: El plomo es mi defensa y el acero.

DIAGUITO: Mataránnos sin armas, padre mío.

MARINERO 4: Quien las da no es fidalgo caballero.

LEONOR: No os engañe, mi bien, tal desvarío.

Sin armas y entre bárbaros tiranos,

¿no es querer eso atarnos pies y manos?

*Salen los negros [BUNGA, QUINGO y CURGURU], y
CARBALLO*

CARBALLO: "Mensajeros sois, amigos,

no merecéis culpa, no."

Acá el rey negro me envía,

--negra Pascua le de Dios--

sentenciado por lo menos

entre estos alanos dos,

corchetes del Limbo entrambos

y obligados del carbón,

vengo, si no concedéis

con su gusto a un asador

de palo, que no de hierro,

a título de lechón.

Pesaránme por arrelde,

que así lo notificó

por señas un carnicero

que allá se llama Sisón.

Dice, pues; va de embajada;

que por hacernos favor,

en fe de ser tan amigo

de los de nuestra nación,

que aquí suelen rescatar,

os ofrece desde hoy

una vecindad de hollín

en un reino de Plutón.

Comeréis lindos regalos,

cocos, plátanos y arroz,

jigote, mondongo humano

y una pierna en salpicón.
 Gozaréis ninfas del Limbo
 cual su madre las parió,
 que se afeiten con zumaque
 y es su solimán mejor.
 Por lo grajo, son grajea,
 y por las narices son
 dos valones sevillanos,
 muy ancho cada valón;
 mas haos de costar todo esto
 las armas y munición,
 que la confitura nuestra
 no les hace buena pro.
 Sin azúcar temen balas
 y confites de cañón,
 que no quieren, ayunando,
 que les demos colación.
 Todas las armas, en fin,
 el rey cordobán pidió,
 si queréis vivir con ellos,
 y no dándolas, alón.
 Éste sabe nuestra lengua
 bien que mal, porque trató
 en rescates portugueses
 y él os lo dirá mejor.

CURGURU: No tenemo má que habrá
 di como lo Embasalor
 lo que le mandamo el reye
 tomamos resiliación.
 Si arma damo, le hospedamo,
 turo como el culazón,
 si no damo despedimo.
 Mira qué queremos vos.

MANUEL: Esto es fuerza, compañeros;
 resolvámonos, Leonor.
 Su sencillez nos convida;
 muerte es toda dilación.
 ¿De qué nos han de servir
 armas contra tan feroz
 enemigo como el hambre?

Dios nos dará embarcación,
 presto ya el invierno pasa,
 no ha de ser todo rigor;
 presto vendrán portugueses
 al rescate; lo mejor
 que el hombre tiene es la vida;
 seguid todos mi opinión,
 no muráis desesperados;
 ninguno diga de no.

MARINERO 1: Yo, a lo menos, si las diere,
 forzado será.

MARINERO 2: Pues yo,
 puesto que deseo servirte,
 dudo de hacer tal error.

LEONOR: ¿Las armas les quieres dar?
 Pues, mi Manuel, muerta voy;
 no esperes piedad en fieras
 sin discurso ni razón.

DIAGUITO: Padre, mire lo que hace.

MANUEL: Matadme, pues, ya que sois,
 vuestros homicidas mismos
 y tan desdichado yo.
 Acabemos de una vez
 con tanta persecución;
 cumpla en mí el cielo presagios,
 satisfaga su rigor.

CURGURU: No tenemo que temé ya.

MANUEL: Hijos, si no por mi amor,
 por el vuestro, que es perdernos
 esa desesperación.

MARINERO 1: Alto; si en tal tema das,
 que nos maten.

MARINERO 2: Por Dios,
 que es sentenciarnos a muerte.
 Mas vaya.

MARINERO 3: Arcabuz, sin vos
 no hago cuenta de la vida.

MARINERO 4: Ya yo sin armas estoy
 y despedido del mundo.

LEONOR: El discurso te faltó,

Manuel mío, al mejor tiempo.

MANUEL: Dios, mi bien, lo hará mejor;
llevad las armas, tomadlas,
y al rey decid que hizo hoy
él solo más que han podido
en Asia tanta nación,
que nos dé salvoconducto.

CARBALLO: Escapéme del tajón
de muerte, de albondiguillas,
de la sartén y asador.

GURGURU: Aguardámono un poquito
que habramo con reye voy.
Arma damo para ya;
ya no tenemo temó.

*Vanse con las armas
Salen todos los NEGROS*

LEONOR: Mal hemos hecho, Manuel.

MANUEL: De dos daños el menor
es éste: así pasaremos,
mi bien, hasta otra ocasión.

Van saliendo los NEGROS arriba

NEGRO 1: Mueran los blancos sin armas.

NEGRO 2: Pasadlos de dos en dos
con las varas y las flechas.
¡Ea, cafres, vuestros son
sus despojos!

NEGRO 3: ¡Mueran!

NEGRO 4: ¡Mueran!

MANUEL: ¡Ay, cielos! ¿Esta traición
consentís?

LEONOR: Quien dió las armas
..... [-ó]
esto y más merece.

MARINERO 2: Miren

si era buena mi opinión.

MANUEL: ¿Todo, cielos, desventura?

¿Todo, Fortuna, rigor?

¿Todo, desdicha, pesares?

¿Todo, en fin, persecución?

Ea, arroje el cielo rayos,

rompa límites veloz

el mar, ábrase la tierra,

cúmplase mi maldición.

MARINERO 1: Huír que brotan los riscos

negros y flechas.

CARBALLO: Temor

todo soy; pies, apostemos

cuál corre más de los dos.

MANUEL: Retiraos con esa gente,

dulce esposa. Vivid vos;

que quedaré entretanto

por blanco de su furor.

Mientras en mí lo quebrantan,

escapaos, que muerto yo,

tendrán fin tantas desdichas.

Bajan los NEGROS

CURGURU: A ellos, a ellos.

MANUEL: Traidor;

moriré, pero vengado,

que aún respira el corazón.

Desesperado me animo,

brazos tengo, Manuel soy.

Vánse todos

CARBALLO: Entre tanto que se ceban

en los primeros, si sois

para seguirme, corred,

llevaréisme por guión.

Vase. Vuelve a salir MANUEL con DIAGUITO en los brazos y doña LEONOR con el otro niño en los suyos, y pónale MANUEL en el suelo

MANUEL: Esto es lo más escondido
de este bosque dilatado,
los cafres se han retirado;
que aquí me esperéis os pido.

 Buscaré los compañeros
que, aunque sin armas están,
troncos de aquí cortarán
con que suplan los aceros.

 Ningunos bárbaros queden,
quememos su población,
haga la desesperación
lo que las fuerzas no pueden.

 La militar disciplina
vencerá su multitud.

LEONOR: Desarmados no hay virtud,
contra ellos, si no es divina.

 ¡Ay Manuel, qué deslumbrado
anduviste!

MANUEL: Ya eso es hecho:
el salir de tanto estrecho
es lo que me da cuidado.

 Si de noche acometemos
su rústica población,
del fuego y la confusión
huyendo, restauraremos
 las armas; voy a buscar
nuestra gente; luego vengo.

Vase

LEONOR: Ya de la vida no tengo
qué defender ni esperar.

 ¡Ay hijo, en qué mala estrella
naciste!

DIAGUITO: Señora mía:
 si llora, el niño que cría
 vendrá a morirse por ella.
 Calle, que yo espero en Dios
 que nos ha de socorrer.

Salen GURGURU y otro NEGRO

CURGURU: Sola está aquí una mujer;
 desnudémosla los dos,
 gocemos de sus despojos,
 y huyamos la sierra adentro.
 ¡Un tigre sale al encuentro!

Sale un tigre y ase a DIAGUITO

DIAGUITO: ¡Padre mío de mis ojos,
 que me lleva a hacer pedazos!

Ase un NEGRO a LEONOR

CURGURU: Tráela.
 LEONOR: ¡Cielo rigoroso,
 ¿qué es esto? ¡Manuel, esposo!

Étranse con ella

CURGURU: No la sueltes de los brazos.
 LEONOR: ¡Manuel de Sosa, favor!

DIAGUITO en lo alto

DIAGUITO: ¡Socorro, padre, que muero!

Sale MANUEL de Sosa

MANUEL: ¿Qué es esto? ¡Ay cielos! ¿Qué espero?

LEONOR: ¡Dulce esposo!

MANUEL: ¡Mi Leonor!

LEONOR en lo alto

LEONOR: Cuando no puedas mi vida,
ven a defender mi fama.

DIAGUITO: ¡Señor padre!

MANUEL: ¿Quién me llama?

DIAGUITO: Cuando mi muerte no impida,
écheme su bendición,
que yo rogaré por él
a Dios.

MANUEL: ¡Ay suerte crüel!
¡Ay trágica confusión!
¡Ay cielos! ¡Ay hado impío!
¡Hay más males, más enojos!

LEONOR: ¡Manuel!

MANUEL: ¡Leonor de mis ojos!

DIAGUITO: ¡Señor padre!

MANUEL: ¡Diego mío!

LEONOR: ¡Favor!

DIAGUITO: ¡Socorro!

MANUEL: Divida
el alma esta adversidad;
defienda cada mitad
a la mitad de su vida.
Bárbaros allí amenazan
el honor de quien adoro;
allí tigres el tesoro
de mi vida despedazan.
¿Adónde iré? ¿qué he de hacer?
Mientras Leonor se defiende
librar a mi hijo pretende
mi amor, mas no ha de poder,
morir con él es mejor.

LEONOR: Dueño ingrato, ¿así me dejas?

MANUEL: Justas son aquellas quejas:
socorramos a Leonor.

DIAGUITO: Padre mío, ¿así me olvida?

MANUEL: Alma, allí el socorro os cuadre.

DIAGUITO: ¡Padre!

LEONOR: ¡Esposo!

MANUEL: Esposo y padre;
aquí la honra, allí la vida,
y uno yo; los daños dos,
los peligros divididos
y para matarme unidos;
¿y no hay remedio, mi Dios?
Pues no ha de haber desconcierto
que a desesperar me obligue.
¿Todo el mundo me persigue?
Pues persiga. Ya habrá muerto
a Diego el sangriento bruto;
matemos, valor, muriendo,
a mi esposa defendiendo,
al cielo obligando a luto,
al mar que tarde se amanse,
la tierra que nos sepulte,
al monte a que nos oculte,
la crueldad a que descanse.
Porque si por tantos modos,
hombres, cielos, mar y tierra,
todos nos hicieron guerra
nos tengan lástima todos.

*Salen GARCÍA, don JUAN y doña
MARÍA*

GARCÍA: ¡Extraordinaria tormenta!

MARÍA: Viniendo embarcada yo,
¿qué mucho? Jamás me dió
quietud la suerte violenta.

GARCÍA: ¿Qué barra es ésta?

JUAN: Éste el río

es del Espíritu Santo.

GARCÍA: Descansaremos en tanto
que sosiega el mar su brío.

Entró por gobernador
de la India Jorge Cabral,
por el rey de Portugal
nombrado, y tráeme mi honor
a remediar desatinos
si tienen, habiendo en medio
tanto imposible, remedio.

JUAN: El cielo abrirá caminos
por medio de la venganza
que aseguren tu sosiego.

GARCÍA: Si a Lisboa vivo llego,
en mi rey tengo esperanza
que, premiando mis servicios,
castigue al torpe Manuel
de Sosa.

JUAN: Hallarás en él
severidad para vicios
y amparo para virtudes,
y en mí un fiel ejecutor
porque restaures tu honor
y en gozo tu pena mudes.

GARCÍA: ¿Qué gente habita en la tierra?

JUAN: Negros torpes y bozales
que entre fieros animales
son vecinos de esa sierra.
Dióles el cielo abundancia
de marfil, que portugueses,
en fe de sus intereses,
cargan con harta ganancia,
y estos bárbaros lo dan
por vidrios y niñerías
de poco precio.

GARCÍA: ¿Qué días
nos pueden faltar, don Juan,
para entrar con salvamento
en Lisboa?

JUAN: Si doblamos

este cabo donde estamos
y nos favorece el viento,
en dos meses.

GARCÍA: Quiera Dios
que apacible el mar hallemos,
y que fin alegre demos
a nuestras penas los dos.

Sale CARBALLO como asustado

CARBALLO: ¿Portugueses? ¡Dicha mía!
Carballo a la vida dad
ensancha, si esto es verdad.

GARCÍA: ¿Carballo?

CARBALLO: Gran don García
ya tienen fin a tus pies
mis desdichas; ya perdí
el temor.

GARCÍA: ¿Qué haces aquí?

CARBALLO: Ya te lo diré después.
Ven a socorrer agora
tus hijos, que si están vivos,
entre esos cuervos cautivos,
los comerán dentro un hora.

GARCÍA: ¿Qué dices?

MARÍA: ¡Ay, honra mía,
ya el cielo os allana estorbos!

CARBALLO: Zampóse el mar en dos sorbos
la nave y lo que traía,
que nunca gasta otros huevos;
quinientos vivos quedamos
que infierno o tierra tomamos
para hallar peligros nuevos.
De quinientos, ciento y treinta
quedamos que tigre y hambre
los demás, aunque en fiambre,
con ellos hicieron cuenta.
No quedó perro ni gato
que no supiese a conejos;

cueros de cofre, pellejos,
 hasta suelas de zapato
 nos comimos; y el remate
 de esta peregrinación
 fue entregar la munición,
 ropa y armas por rescate
 de comida a la grajuna
 república de esta gente.
 Con nosotros insolente
 jugó después la Fortuna,
 de modo que nos desnudan
 antípodas alemanes
 hasta que en los cordobanes
 nos dejan, y aun de esto dudan;
 porque con varas tostadas
 nos agarrochan, sin ser
 toros, y juran hacer
 convites y borrachadas
 con nosotros, de manera,
 que si yo no me escapara,
 tripas negras caminará
 hasta la puerta trasera.
 Pues traes gente y arcabuces,
 defiende a Manuel de Sosa,
 tu nieto, y su triste esposa
 de estos grifos avestruces.

GARCÍA: ¡Válgame el cielo! Llamad
 mis soldados, que si viven,
 librándolos, aperciben
 mi venganza en mi piedad.

 Mueran los dos a mis manos
 y no entre bárbaros negros.

Sale un MARINERO

MARINERO: Dírate la bienvenida
 si llegaras a otro tiempo;
 pero pésames te doy

del más trágico suceso
que conservaron anales,
que desdichas escribieron.
Ya, noble gobernador,
maldiciones cumplió el cielo,
vengó agravios, oyó lloros,
y dio al prudente escarmientos.
Desnudaron sin piedad
estos bárbaros hambrientos
la hermosa doña Leonor,
sin bastar llantos ni ruegos.
Vio el sol la primera vez
los alabastros honestos
que le ocultaron retiros
del recato y del respeto.
Pero no los gozó mucho;
porque fueron los cabellos
vicevestidos hermosos
que soles nieves cubrieron.
Y lo que ellos no alcanzaron,
relicario sirvió el suelo,
viva abriendo su sepulcro
a la otra mitad del cuerpo.
Con su compostura casta,
la del monarca primero
curioso alargó la toga
hasta los pies; más espejo
de las matronas, Leonor,
viva se entierra, escondiendo
si avarienta, recatada,
de su belleza secretos,
reservados solamente
a amorosos himeneos.
Hallóla Manuel de Sosa
de esta suerte, ya entre hambrientos
tigres, malogrado un hijo,
y con el otro a los pechos.
Traspasóse de dolor,
atajando el desconsuelo,
para atormentarle más,

llanto y suspiros sin seso.
 Se entró por entre esas selvas,
 donde entre riscos soberbios,
 o intentará precipicios,
 o fieras le habrán deshecho.
 Satisfechas tus venganzas,
 ya puede el dolor paterno
 las exequias funerales
 fiar a los sentimientos.
 Aquí si pueden los ojos
 sufrir del Scita fiero
 espectáculo tan triste,
 está el teatro funesto

*Descubre a doña LEONOR, ya difunta, a
 DIAGUITO ensangrentado*

en que la ciega Fortuna
 tragedia eterniza el tiempo
 para escarmiento de amantes,
 y éste es el acto postrero.

GARCÍA: Cerrad las puertas, dolor,
 al alma; ahóguese dentro
 de sí misma, no la alivien
 llantos ni suspiros tiernos.
 ¡Ay, Leonor! Nunca tomaran
 tan a su cargo los cielos
 agravios de un padre airado,
 venganzas de un triste viejo.
 No hay vida que tanto sufra;
 muramos ya y acabemos
 de una vez desdichas tantas.

MARÍA: ¡Ay, Manuel! ¡Ay, caro Diego!
 ¡Ay, mal logros de mi amor!

JUAN: Mármol soy, absorto quedo,
 estatua en la admiración
 de puro sentir no siento.
 A espectáculo tan triste
 eche Timantes el velo

y sirva en la compasión
de escarmientos para el cuerdo.

FIN DE LA COMEDIA